

La Cruz del Sur

N.os

33 y 3



DICIEMBRE DE 1

ATAHUALPA

Óleo por Carlos W. Aliseris

PROSAS de: Eugenio Petit Muñoz, José A. Mora, Juan M. Filartigas, Fernando Diez de Medina, Juan María Magallanes, Sarah Bollo, Alberto Einstein, G. D.

VERSOS de: Carlos M. de Vallejo, Mario Menéndez, Edgarda Cadenazzi, José P. Piccato, Gilberto C. Fabregat, María Elena Muñoz y Ribeiro Couto.

ILUSTRACIONES de: María Clemencia, Carlos W. Aliseris, Adolfo Pastor, Leandro Castellanos Balparda.

M O N T E V I D E O

Sebastiani y Roca Jaumandreu

ARQUITECTO - CONTRATISTAS



PROYECTOS, PLANOS, DIRECCIONES,
TASACIONES, ARBITRAJES Y CONS-
TRUCCIONES EN GENERAL. - COMPRA
Y VENTA DE INMUEBLES. - - - -



ESTUDIO:
VICTORIA 1071

TELEFONO:
URUG. 761.-Cordón

GARAGE VALENZA

- DE -

FEDERICO ORECCHIA

EXPOSICION Y VENTA DE AUTOS USADOS
(GRAHAM PAIGE Y VARIAS MARCAS)

Se reciben autos para la venta y se
adelanta dinero sobre los mismos.

Reparación de autos en general.

REPUBLICA 1827 - Teléfono 976 - Cordón - MONTEVIDEO

Grandes excursiones marítimas a
PIRIAPOLIS

Con los espléndidos vapores "Ciudad de Montevideo" y "Ciudad de Buenos Aires"

TODOS LOS DOMINGOS

Salida Dársena Fluvial a las 8 horas. - Salida de Piriápolis el mismo día a las 17 horas.

BOLETO DE EXCURSION IDA Y VUELTA \$ 2.00 o/u

Servicio de Bar y Lunch a bordo. - Orquesta

INFORMES Y PASAJES:

La Industrial
Fco. Piria - SARANDI 500

Cia. Uruguaya de Navegación Lda.
PIEDRAS Y SOLIS

CASA PARTAGAS

25 DE MAYO 549 - MONTEVIDEO

REPRESENTA LAS MEJORES MAR-
CAS DE CIGARROS HABANOS. —

Partagás - Ramón Allones
Hoyo de Monterrey y Caruncho

CASA ESPECIALIZADA EN ARTICULOS PARA FUMADORES

La Cruz del Sur

Revista de Arte y Letras

Director

Alberto Lasplaces

Editor

Alfredo Vila

SUMARIO

Una glosa de "El león y la lágrima" de José E. Rodó	Eugenio Petit Muñoz
Entre las rosas. - Poema	José Pedro Piccato
Los diez mandamientos para leer a Marcel Proust	José A. Mora
Coreografía. - Canción de niños	Carlos M. de Vallejo
Amanecer. - Versos	Mario Menéndez
Pidiéndole al oleaje un reflejo de lonas	Edgarda Cadenazzi
Júbilo perfecto. - Versos	Fernando Diez de Medina
Interpretación lírica del fútbol	Juan M. Filartigas
La novela de la selva y del hombre esclavo	Ribeiro Coulo
Caridade	Alberto Einstein
Mi credo	Gilberto Caetano Fabregat
Mapas. - Versos	Sarah Bollo
El ciprés y la estrella. - El árbol	María Elena Muñoz
Horizonte marino. - Versos	Juan Mario Magallanes
Una rodada. - Cuento	G. D.
Le Corbusier y el palacio de la S. D. N.	

Los nuevos libros de nuestra editorial. - Libros recibidos - Notas.

PARTE GRÁFICA

Cartula: Atahualpa. - Oleo de	Carlos W. Aisenis
Elena. - Flores y pájaro azul. - Oleos de	
Tristeza de la tabla de lavar. - Candombe. - Barco negro. -	
La Sirena. - Guitarra. - Linoleums de	Mana Clemencia
"Silencio". - Grabado en madera de	Castellanos Balparda
La Mariscala. - Dibujo de	Adolfo Pastor

AÑO VI

N.os 33 y 34

Dirección y Administración: Corriente III

MONTEVIDEO

UNA GLOSA DE "EL LEÓN Y LA LAGRIMA" DE RODO

DEL LIBRO EN PRENSA · EL CAMINO ·

"El pythónico Astiages, proscripto por tiranos cuya ruina predijo, vivía, ciego y caduco, en la soledad de unas montañas riscosas. Le acompañaban y valían una hija, dulce y hermosa criatura, y un león, adicto con fidelidad salvaje, al viejo mago, desde que éste, hallándole, pasado de una saeta, en el desierto, le puso el bálsamo en la herida.

"De la hija del mago decía la fama una singularidad que era sobrenatural privilegio: contaban que en lo hondo de sus ojos serenos, si se les miraba de cerca, en la sombra de la noche, veíase, en puntual aumento, que abreviado reflejo, el firmamento estrechado, y aun cierta vaga luz, ulterior al firmamento visible, que era lo más misterioso y sorprendente de ver.

"Ciazar, sátrapa persa que removía, en el tedio de la saciedad, las pavesas de su corazón estragado, ardió en deseos de hacer suya a esta mujer que, en el misterio de sus ojos, llevaba la gloria de la noche. Todas las tardes, acompañada de su león, iba la doncella en busca de agua a una fuente, que celaba el corazón bravío de un monte. Ciazar hizo emboscarse allí soldados suyos, y para el león, fué un sabio nigromante con ellos, que prometió dominarle con su hechizo. Aquella tarde el león se adelantó como siempre a explorar la orilla breñosa, y no bien hubo asomado la cabeza entre las zarzas, recibió en ella emponzoñada aspersión que le postró al punto sumido en un letárgico sueño. Cuando, ignorante y con fiada, llegó su dulce amiga, precipitáronse los raptores a apresarla, busco ella con espanto a su león, se abrazó trémula al cuerpo inane de la fiera, y, al reparar en que yacía sin aliento, dejó caer sobre el león una lágrima, una sola, que se perdió, como el diamante que cayese dentro de pérsica alcatifa, en la espesura de la melena antes soberbia, ahora rendida y lánguida.

"Ya apoderados los esclavos de la heroína que codiciaba su señor, el nigromante decidió llevarle por su parte otra presea. Aproximóse con hierático gesto al león dormido, tendió hacia él las manos imponentes mientras decía un breve conjuro, y el león, sin cambiar una línea en forma ni actitud, trocóse al punto en león de mármol; tal,

"que era una estatua de realidad y perfección pasmosas. Cortaron bajo la estatua un trozo de tierra, que, convertida en mármol también, sirvió al león de zócalo o peana, y con tiro de bueyes llevaron al animal petrificado al palacio del señor.

"Cuando apartó éste su atención de la cautiva, admiró al león y quiso que se le pusiera, como símbolo, en frente de su lecho. León que duerme, potestad que reposa. Desde alta base, bajo el bruído entablamento, quitando preeminencia a los unicornios de pórvido que recogían a ambos lados del lecho, las alas de espeso pabellón de púrpura, el león, en actitud de sueño, dominó la estancia suntuosa.

"Pero en lo interno de esa estatua leonina algo lento e inaudito pasaba... Y es que, en el instante del hechizo, al tiempo de cuajarse en mármol la melena del león, la lágrima que dentro de ella había se congeló y endureció con ella y quedó trocada en dardo diamantino y agudo. La lágrima entrañada en el mármol fué como gota de un fuego inextinguible dentro de durísimo hielo; fué como imantada flecha, cuyo norte estuviere en el petrificado pecho del león. La lágrima gravitaba al pecho, pero viniendo a su paso resistencias de sustancia tan dura que cada día avanzaba un espacio no mayor que uno de los corpúsculos de polvo que hace desprenderse, del mármol en trabajo, el golpe del martillo. No importa: bajo la quietud e impassibilidad de la piedra, en silencioso ambiente o entre los ecos de la orgía, cuando las dichas y cuando las penas del señor, la lágrima buscaba el pecho.

"¿Cuánto tiempo pasó antes que con su lenta punzada atravesase la melena, hendiera la cerviz sumisa, penetrase a través del espacioso tórax, y llegase a su centro, partiendo el corazón endurecido?

"Nadie puede saberlo... Era alta noche. Hondísimo silencio en la estancia. Sólo la vaga luz que alimentaba el aceite de una copa de bronce. Bajo la púrpura, el señor, decrepito, dormía. De pronto hubo un rumor como de levísimo choque; duro latido pareció mover, al mismo tiempo, el pecho del león y propagarse en un sacudimiento extraño por su cuerpo. Y cual si resucita-

"tara, todo él revistióse en un instante de
 "un cálido y subido tinte de oro; en el fondo
 "de sus ojos abiertos apuntó roja luz, y la
 "mustia melena comenzó a enrullarse como un
 "mar en donde el viento hace ondas. Con
 "empuje que fué al principio desperezo, des-
 "pués movimiento voluntario, luego esfuerzo
 "iracundo, el león arrancó del zócalo los ten-
 "didos jarretes, que hicieron sangre, man-
 "chando la blancura del mármol y se puso
 "de pie. Quedó un momento en estupor; la
 "ondulante melena encrespóse de un golpe;
 "rasgó los aires el rugido, como una recia
 "tela que se rompe entre dos manos de Hé-
 "cules... Y cuando tras un salto de coloso
 "las crispadas garras se hundieron en el le-
 "cho macizado de pluma, quien estuviera allí
 "solo hubiera visto bajo de ellas una sombra
 "anegada en un charco de sangre miserable,
 "y hubiera visto después los unicornios de
 "pórfido, las colgaduras, los tapices, los vi-
 "drios de colores, los entablamentos de ce-
 "dro, los lampadarios y trípodes de bronce,
 "que rodaban, en espantosa confusión, por la
 "estancia, y el león rugiente, que revolvió el
 "furor de su destrozo entre ellos, mientras
 "la lágrima, asomando fuera de su corazón,
 "como acerada punta le teñía el pecho de
 "sangre."

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

Es la parábola de la redención humana.

Astiages caduco y ciego es la miseria de los desvalidos. Pero bajo el quebranto de su invalidez, aun está puro su corazón de bienhechor que salvó al león herido, y aun está lúcida su mente de adivinador de destinos: Astiages es, a la vez, la solidaridad generosa; y es todavía, el trance en que se alcanza la penetración de la verdad.

Su hija es la inspiración de la gracia, que ofrece, a los sentidos, el deleite, en la seducción de su cuerpo; y al alma, la contemplación de bellezas despojadas y puras, en la noche estrellada de sus ojos, y, más arriba, aún, en aquella otra luz que se anunciaba más allá del cielo, el éxtasis de la elevación absoluta, por la intuición de la hermosura ideal. Y es también la debilidad, la ternura indefensa.

El león en libertad es la humanidad en su pureza primaria, en su bondad, en sus afectos desnudos; capaz de gratitud, de amor y protección al débil; abierta al embebecimiento estético; identificada con el ansia riesgosa por la verdad. Es el estado de naturaleza, que, si en el candor de la utopía ha sido soñado como

habiendo tenido realidad en el amanecer de una prehistoria de artificio, debemos hoy, con el rigor de la disciplina científica, desplazar, en sostenidos esfuerzos de creación, hacia el futuro, como ideal a alcanzar, desentrañándolo del fondo de las reservas del alma, donde alienta, y espera, y se muestra por momentos; como depuración que ha de lograrse; como término de justicia y de cultura para la tragedia lenta y cotidiana del hombre frente al hombre.

Ciaxar es la concupiscencia de los explotadores, la prepotencia de los mandos.

La aspersión emponzoñada que aletargó al león, antes generoso y fuerte, y el conjuro del nigromante, que lo trocó en piedra, son el prejuicio y la superstición, que adormecen, en la humanidad, las ansias de libertarse y liberar al semejante, la compasión, la simpatía, la capacidad de comprender y de sentir el oprobio y el dolor ajeno y la abyección de sí mismo. Son el prejuicio y la superstición, que impiden sondear dentro de nuestro propio ser, percibir lo que nos rodea, ver donde se mira, oír cuando se escucha; que si consienten percibir no dejan razonar, y si permiten razonar vedan sentir, e inhiben para obrar cuando acuerdan sentir. El león petrificado es la humanidad, así insensibilizada, que deja hundirse y prosperar en su carne y en su alma las raíces del privilegio y la opresión. Y no sólo no conmueve al mármol inerte su libertad perdida: él no es ya tampoco capaz de piedad. Ni se indigna por su falta de rebeldía, ni por el egoísmo que lo enerva; y hasta le falta la conciencia del propio embotamiento en que ha caído. Por ello, la posesión de la doncella consumada en presencia del león petrificado, es la satisfacción del goce egoísta lograda a expensas de la libertad y del dolor del débil, que se perpetra todos los días bajo la mirada indiferente de la humanidad anestesiada por el prejuicio y la superstición. El león petrificado fueron, ayer, los siglos y más siglos de jadedar, bajo el flagelo, del esclavo antiguo, del ilota, del paria, del mitimacuna; la vida sin derechos del plebeyo romano; el yugo milenarista del siervo de la gleba; las tres centurias de lealtad colonial del criollo y del indio de la América española; la desheredación de Irlanda; la explotación sin tregua del negro de las plantaciones del Sur en las colonias inglesas, prolongada hasta casi un siglo después de proclamado un pre-

tendido régimen de libertad humana. El león petrificado es, todavía, el largo siglo de ley de bronce del proletariado moderno; el sopor cívico de los pueblos que consistentes cámaras hereditarias, de los que yacen hipnotizados por la aberración monárquica o por las degradantes dictaduras de post-guerra, de los que, habiendo alcanzado ya la madurez espiritual y material de nacionalidades, no han aventado aún el oprobio del coloniaje, de los que hipotecan su libertad abandonando las llaves de su riqueza a los tentáculos presionantes y crecientes de insidiosos imperialismos; es el estigma de inferioridad soportado por las razas de color; la ineducación y la ignorancia de las masas, analfabetas o alfabetas, que hace imposible en ellas la emancipación de las almas por culpa de la incuria o de los privilegios de las minorías cultas; el armamentismo alimentándose con la parte de los estómagos, de las mentes y de los corazones; la mirada, tan sólo en comienzo de extinguirse, de las incapacidades de la mujer y su afrentosa relegación a la incultura por la rutina de la aguja y hasta por el barniz incoloro de los adornos de salón, que le vedan el mundo del espíritu.

Pero el clamor de las víctimas encuentra siempre algún resquecio por donde infiltrarse hasta tocar las fuentes de la emoción colectiva. La lágrima de la cautiva es la expresión del dolor del oprimido, del indefenso, la esencia vertida de su congoja; y el acogimiento de la lágrima por el cuerpo del león no trocado aún en mármol, son la compasión, la piedad, la simpatía por el sufrimiento del semejante oprimido, para las cuales está abierta la pureza primaria de la humanidad desnuda y libre, del alma en su estado de naturaleza, del fondo incontaminado y esencial del hombre. El acogimiento de la lágrima por el cuerpo del león petrificado son las minúsculas, pero jamás totalmente despreciables, dosis de aquella misma compasión, de aquella misma piedad, de aquella misma simpatía por el dolor del explotado y del débil, a las que acompañan fatalmente un impulso, un pensamiento, una intención, de rebeldía reivindicadora, que llegan siempre a infiltrarse por entre la dura roca de los prejuicios y las incomprensiones, gracias al poder de contagio, de comunicación afectiva, immanente en la tragedia de toda víctima que se inmola, en el oprobio de toda injusticia que se consuma. La marcha de la lágrima a través

de la masa compacta e inmovible es la liberación elaborándose y ganando camino, son la idea y el sentimiento de la redención socavando silenciosamente el bloque frío y denso de las incomprensiones, los egoísmos y las rutinas inseparablemente cementados. Porque era sorda la porfiada marcha de la lágrima. Ni el más leve rumor se escuchaba en la estancia del sátrapa en tanto se operaba aquel lento y certero adentramiento de la inflexible punta: ni aún en el instante en que estaba ya por tocar el corazón del león. Así es la indiferencia, la incomprensión, la confiada ignorancia, con que todo régimen destinado a perecer porque constituye un sistema de opresión, de inercia, de supervivencias anacrónicas, se deja minar sin sentirlo, haciendo prosperar a pesar suyo los gérmenes de la rebeldía, contaminar una conciencia tras otra por la nueva verdad (cada día la lágrima avanzaba la medida de un corpúsculo de polvo). Es la insensibilidad histórica — que es insensibilidad humana — de quienes, en vez de percibir, estremecidos de terror, la inminencia de la dislocación que acabaría para siempre con la intangibilidad de su predominio o de sus intereses de clase, vieron en la gestación de la Reforma tan sólo “una pelea de frailes”, en la Revolución de Mayo una “borrachera de cuatro tunantes que salieron de un café y alborotaron al pueblo para su ruina”, y en la Revolución de 1848 “un motín que hay que dejar morir por sí solo”. Es la misma insensibilidad que hizo escribir, diez y siete días antes del 14 de Julio: “La revolución ha concluído. No habrá costado una gota de sangre”, y, varios meses después, cuando la guillotina no estaba lejos decernarse sobre las cabezas desprecupadas de sonrientes aristócratas: “Hemos tenido en estos días algunos tés encantadores. La gente se divierte”; es la insensibilidad que hizo repetir poco más tarde (es esta vez el propio Luis XVI quien se dirige a su hermano el Conde de Provenza): “La revolución está concluída”.

La lágrima llega al corazón del león, el estremecimiento sublime devuelve como en un inmenso latido total y subitito la libertad a la fiera, su salto prodigioso y su furor enloquecido acaban en un instante con Ciaxar. La concupiscencia de los explotadores, la prepotencia de los mandones, han sido suprimidas por la humanidad libertada; el ultraje y la opresión del débil ya no existen.

La redención se ha consumado. Para alcanzarla no bastó el sufrimiento de las víctimas. No bastó tampoco la idea de la liberación, ni el sentimiento de ella — exaltación dinámica del sentimiento de la injusticia. La marcha de la lágrima era un incesante despertar de ideas y sentimientos de liberación, pero transcurrió mucho tiempo antes de que ésta se operase. Era menester que ellos alcanzasen la magnitud de ideas y sentimientos colectivos. Cuando la lágrima penetró en la cerviz del león, estuvo ya en la mente de la humanidad la conciencia racional de la justicia de la redención; pero hasta tanto su corazón, es decir, el palpitante de la emoción colectiva, no fué tocado por la expresión del dolor del oprimido indefenso, la acción libertadora no pudo estallar. Requiere, así, una cadena de sucesivas integraciones para que madure un proceso de redención humana: ante todo, un estado de opresión, de sufrimiento, de injusticia; luego, la idea de la liberación, que no es sino la conciencia de la injusticia de tal estado; seguidamente, la elevación de esa idea a la entidad del concepto colectivo, por obra del crecimiento de su órbita de penetración; y, de modo paralelo a aquel nacer y ensancharse de la ideología redentora, el caldeamiento de los ánimos en la pasión de la justicia de la liberación: fuego de apóstoles al comienzo, hoguera popular al fin. Y tal proceso es fatal cuando la impulsión que lo origina es de verdad la justicia: por eso, nada detiene a la lágrima; por eso, la lágrima busca el pecho.

Optimismo inmovible, el de este símbolo, que es sustancial interpretación de la historia. Pero la sangre de una doble tragedia se derrama, no obstante, en él. El opresor aparece incapaz de regeneración, no se redime de sus culpas sino con una muerte atroz. El león libertador desgarró sus propios músculos al arrancarlos para el salto, y la lágrima le hace luego, traspasándole el corazón, una herida sangrante que le enrojece el pecho. Una admonición severa y persuasiva del redentor y la contrición sincera del victimario arrepentido habrían podido devolver a los oprimidos la libertad con igual eficacia y en medio a una elevada paz moral. Pero el símbolo sería, entonces, falso por su generalidad absoluta: mostraría siempre a la liberación alcanzada sin sangre, en tanto que, tal cual es, posee una fuerza de sugestión que le permite traducir el proceso de la reden-

ción humana en su doble posibilidad de realización: pacífica tanto como violenta.

No ha de interpretarse, en efecto, esta parábola, como queriendo expresar que la liberación haya de ser por necesidad sangrienta. La muerte trágica del sátrapa, el destrozo arrebatado de su suntuosa magnificencia, pueden sin dificultad entenderse como la imagen de la caducidad sin levante de las fuerzas de la opresión, del aniquilamiento de los lujos insultantes en que se cebaba la avidez explotadora, y, por ello, del sufrimiento que al poderoso ha de acarrearle la brusca supresión de los privilegios, las granjerías, la mollece, a que estaba habituado: codicia dilacerada, sangre en el alma. De igual manera, el desgarramiento del león, su corazón herido, pueden apreciarse como la exquisita piedad del que se conduele hasta cuando se ve forzado a castigar al indigno, hasta cuando, para sancionar una injusticia, tiene que privarlo de los bienes que detenta con abuso y sin honor: dolor del que se ve imposibilitado de perdonar, santidad del ánimo en estado de naturaleza.

Esta interpretación es la que más llanamente se siente cuando se deja hablar al símbolo el lenguaje moral de Rodó, efusión de amor, meditación tolerante, serenidad armoniosa. El Maestro no nos ha dejado escrita su explicación de la parábola: la pérdida de los Nuevos Motivos de Proteo, de que jamás habrá consuelo, nos veda conocerla. Pero no traiciono su pensamiento cuando descifro el enigma del león y la lágrima en una filosofía de la redención humana alcanzada por el amor. No es sólo en la amplitud del *reformarse es vivir*, nervio de Proteo, que ampara todos los avances auténticos y todas las emancipaciones, donde encuentra sus cimientos esta construcción: es también, y más concretamente, en inequívocos apuntamientos de una doctrina de la liberación política, económica y social del hombre, que inquietan la ideología de Ariel, de Proteo y de Próspero, y cuyas células, vivas aún y claramente perceptibles, tienen jugo de sobra para crecer y reproducirse. En cuanto al ansia de redención cultural, apenas es necesario recordar que ella es el fuego mismo que enciende toda su obra.

En lo político tronó cien veces contra despotismos, dictaduras y tiranías, exaltando invariablemente el espíritu de la libertad, como en "Juan Carlos Gómez", en "Garibaldi", en "Perfil de caudillo",

en "Montalvo", en "Bolívar" en "La tradición intelectual argentina", en "Juan María Gutiérrez y su época", en "El cenenario de Chile". Afirmó su fe democrática en Ariel, rebelándose contra cualesquiera superioridades que no fuesen las del talento, las del carácter, las del espíritu, pero exigiendo con fervor que ellas sean siempre reconocidas, y confiando en que la sociedad futura las aceptará y las buscará por el amor, por la sola devoción de los verdaderos valores humanos, revelados por la cultura difundida homogéneamente en toda la especie.

En lo económico predicó la igualdad en el punto de partida y el trabajo obligatorio. La primera, en Ariel, cuando expresa: "Desde el momento en que haya realizado la democracia su obra de negación con el allanamiento de las superioridades injustas, la igualdad conquistada no puede ser sino un punto de partida", y cuando insiste nuevamente en esa idea, de este modo: "El deber del Estado consiste en predisponer los medios para provocar, uniformemente, la revelación de las superioridades humanas, dondequiera que existan. De tal manera, más allá de esa igualdad inicial, toda desigualdad estará justificada, porque será la sanción de las misteriosas elecciones de la naturaleza o del esfuerzo meritório de la voluntad". El segundo, en el himno al obrero con que cierra su discurso sobre la prensa de Montevideo, y que no es sino la exaltación, cifrada en anatema lírico, del principio de "el que no trabaja no come". Es indispensable reptir aquí sus palabras: "Esta es una aristocracia imprescriptible, porque el obrero es, por definición, el hombre que trabaja", es decir, la única especie de hombre que merece vivir. Quien de algún modo no es obrero debe eliminarse, o ser eliminado, de la mesa del mundo; debe dejar la luz del sol y el aliento del aire y el jugo de la tierra, para que gocen de ellos los que trabajan y producen: ya los que desenvuelven los dones del vellón, de la espiga o de la veta; ya los que cuecen con el fuego tenaz del pensamiento, el pan que nutre y fortifica las almas".

En lo social vislumbra, emocionado, la sociedad sin clases, en este mismo anatema, que comienza profetizando: "cuando todos los títulos aristocráticos fundados en superioridades ficticias y caídas hayan volado en polvo vano, sólo quedará entre los hombres un título de superioridad, o de igualdad aristocrá-

tica y ese título será el de obrero"; y la presintió y la deseó también ya desde Ariel, en su evangelio de la democracia, que, tal como él la quiere, no ha de ser el rasero nivelador, que mediocrizaría a la humanidad rebajando las eminencias naturales del pensamiento o del arte, pero ha de asegurar, por la igualdad en el punto de partida, la posibilidad de que desde todos los fondos de la especie se levanten, por la gravitación ascensional del alma, las verdaderas superioridades humanas: "sin pretender inmovilizarlas en clases constituidas aparte de las otras, que mantengan a su favor el privilegio execrable de la casta"; pero sí para ejercer, sostenidas por la adhesión afectuosa de los pueblos, no tiranías ni opresiones, sino la siembra de las altas inspiraciones, que la conciencia colectiva recogerá por una comprensión desinteresada y pura para darse a sí misma la regulación coordinadora de todos los intereses, para adentrarse por todos los caminos del progreso, para bañar su espíritu en el rocío de la hermosura. Y sintió y defendió todas las formas de protección social: "Limitación de las horas de la jornada normal; rectificación jurídica de los fundamentos del contrato de trabajo, según un nuevo concepto de la naturaleza de las relaciones reguladas por él; protección de las mujeres y los niños obreros; indemnización de los accidentes del trabajo; observancia del descanso semanal; reglamentación de las condiciones de higiene y seguridad en los talleres; tasación del salario mínimo; inembargabilidad de los salarios; libertad de asociación gremial; reconocimiento del derecho que asiste al trabajador para la huelga; fundación de tribunales de conciliación y de arbitraje para resolver los acuerdos entre obreros y patronos; institución administrativa de la oficina de trabajo; inspección y policía del mismo; pensiones y seguros que amparen al trabajador en la inutilidad o la vejez..." "La universalidad de estos anhelos de reparación, la persistente fuerza con que subyugan las conciencias, concurren a persuadir al más indiferente de que no se trata en ellos de un simple fermento de ideas puestas en boga por los vientos de un día; sino de uno de los caracteres esenciales del espíritu de nuestro tiempo, que tiene positivas correspondencias con la realidad y que fluye de naturales consecuencias de la evolución social y de la evolución

"económica". No dió para esos postulados, en su trabajo sobre la legislación obrera, de 1908, cuando apenas empezaban a desbrozarse entre nosotros tales problemas, las soluciones más reparadoras, que, casi un cuarto de siglo después, aparecen ya como inequívocas para los espíritus verdaderamente justos y emancipados de todo interés y de todo prejuicio; pero la simpatía por el débil o el desamparado, la rebelión moral frente a las injusticias del régimen actual, se agitan en aquel documento de humanidad generosa con una sinceridad que hoy lo habría llevado a encontrar fórmulas de justicia social mucho más avanzadas. Un pensamiento suyo, de 1900, inédito, dice así: "La antigüedad nos dió en Antígona "el tipo de la hija, en Cornelia el tipo "de la madre. Pero no nos dió la inspi- "ración de la piedad, que crea hijas para "la ancianidad desvalida, madres para "la niñez desamparada". Tal era ya desde aquella época su sentimiento de la asistencia social. Después de 1914 exaltará la dignidad de las masas proletarias y su función histórica en el proceso de la redención de los oprimidos, recordando, en su discurso de homenaje a Bélgica, "los ecos del glorioso grito rebelde, "de aquel "Vivan los "gueux"! que allí "resonó por vez primera y fué la con- "signa de las muchedumbres insurrectas "que, ostentado como blasón de demo- "cracia las apariencias de la mendici- "dad: el sayal ceniciento y la escudilla "de palo, dieron al estupendo siglo XVI "una de sus páginas más bellas, y uno "de sus triunfos mejores a la historia "de la libertad humana".

No traiciono, pues, el pensamiento de Rodó, al interpretar la historia del león y la lágrima, elevando sus símbolos sangrientos a la categoría de abstracciones, como la redención humana alcanzada por el amor. Pero tampoco lo traiciono cuando afirmo que ella permite también, si se la toma en su sentido más realista, ser traducida como la redención humana alcanzada por la violencia. En Motivos de Proteo está escrita esta página: "Cambian los pueblos mientras viven; mu- "dan, si no de ideal definitivo, de fina- "lidad inmediata; pruébanse en lides "nuevas; y estos cambios no amenguan "el sello original, razón de su sér, quan- "do sólo significan una modificación del "ritmo o estructura de su personalidad "por elementos de su propia substancia "que se combinan de otro modo, o que "por primera vez se hacen conscientes;

"o bien cuando, tomado de afuera, lo "nuevo no queda como costra liviana que "ha de soltarse al soplo del aire, sino "que ahonda y se concierta con la viva "armonía en que todo lo del alma or- "dena su impulso.

"Gran cosa es que esta transformación "subordinada a la unidad y persistencia "de una norma interior, se verifique con "el compás y ritmo del tiempo; pero, lo "mismo que pasa en cada uno de nos- "otros, nunca ese orden es tal que vuelva "inútiles los tránsitos violentos y los "bruscos escapes del tedio y la pasión. "Cuando el tiempo es remiso en el cum- "plimiento de su obra; cuando la inercia "de lo pasado detuvo al alma largamen- "te en la incertidumbre o el sueño, fuerza "es que un arranque impetuoso rescate "el término perdido, y que se alce y "centellee en los aires el hacha capaz de "abatir en un momento lo que erigieron "luengos años. Esta es la heroica eficacia "de la revolución bélica, enviada de Pro- "teo a la casa de los indolentes y al "encierro de los oprimidos".

Siendo inequívoca, pues, la existencia de un credo pacífico y otro credo violento de la liberación de los oprimidos en el pensamiento de Rodó (ley fundamental el primero, eventual excepción el último), ha de interpretarse en esta forma su filosofía de la redención humana: la educación de las masas, la difusión de la cultura, la verdadera democracia, operarán la redención por el amor; pero, cuando el empeñamiento de la intolerancia, de la incompreensión, de la prepotencia, no quiera dejar lugar para el amor, la redención ha de lograrse por la revolución.

Para esta última hipótesis, la muerte de Ciaxar y la desatentada destrucción de las riquezas de su estancia empurpurada, no podrían descifrarse más que como el aplastamiento de los opresores por los oprimidos y el loco aniquilamiento de cuantos símbolos y atributos hubieran servido para que se ostentara la vanidad de su poder, en tanto que las heridas del león mostrarían el dolor de la humanidad, recobradas, con el estado de naturaleza, su sensibilidad y su conciencia, en medio del furor de la convulsión colectiva: porque al matar y despedazar por la libertad ha tenido que violar el sagrado de la compasión y del amor, atentar contra un trozo de sí misma, destrozará carne de su carne, derramará sangre de su sangre.

ENTRE LAS ROSAS

Las rosas reclamaron su presencia
y ella llegó como venida de la nada.

No salía del amor;
no salía de la música;
no salía de la intangible realidad del sueño
y no salía de ese vuelo limitado sólo por el espacio.

Todo en ella
nacía y se movía
como lograda luz.

Las rosas-reclamaron su presencia
y el celeste clamor de su dulzura
fué un clamor hacia Dios!

Yo miraba sin saber como miraba...

Recuerdo que las lágrimas caían de mis ojos.
Caían del reflejo soledoso del alma...
Caían de la luz!

¿Quién vió el camino recorrido por mis lágrimas
para llegar a la sombra de mis ojos
y surcar por el rostro
y pegarse a los labios
y hacerse más que dulces en la lengua?

Recuerdo que las lágrimas caían de mis ojos.
Caían del reflejo soledoso del alma...
Caían de la luz!

Las rosas reclamaron su presencia
y ella llegó como venida de la nada.

Hubo un coro de rosas.
¡Unión celeste!
¡Unión de luz y luz!

Y yo,
estallante dolor,
las miraba...

Tenían ambas toda la claridad celeste
de los seres que sufren
bendiciendo.

Me sugerían inasibles mundos angélicos
que ni en sueños existen.
Suavizaba mi herida.
¡Y me movían el amor!

Yo no fui hacia al amor.
El amor no vino hacia mí.
Porque el amor estaba en mí. En mí nació. Y en mí dolía
cuando en la luz de los ángeles
la ví

la comprendí y la amé.
¡Amor en mí!
¡Amor de mí!
¡Amor y herida lúcida de mí y en mí!

Las rosas reclamaron su presencia
y ella llegó como venida de la nada.

No salía del amor;
no salía de la música;
no salía de la intangible realidad del sueño
y no salía de ese vuelo limitado sólo por el espacio.

Todo en ella
nacía y se movía
como lograda luz.

Y el coro de las rosas
fué la unión de la luz.
¡Unión celeste y única!

Y yo,
como una luz perdida,
distante de ambas
sufría la palabra del dolor.

¡Ay las rosas! . . .
¡Ay la sufrida y temblorosa claridad de las rosas
que se apagan
sin verse!
¡Ay las rosas! . . .
¿Quién las bajó de Dios
y las tendió en la vida?
¿Quién las sostuvo en ese plano celeste de los seres sufridos?
¿Quién las subió hasta Dios?

Y luego
¿quién miró todo eso?
¿Quién lo vió y lo sufrió?

¡Sólo Dios! . . .

Las rosas reclamaron su presencia
pero Dios reclamó la presencia de las rosas.

Y en la más alta lejana claridad
subiendo
van las rosas.
Subiendo y agrandándose van las rosas en la más alta y lejana claridad.

Y allí
donde los pensamientos sólo son
luz, melodía y canto,
ella
parecía moverse buscando
ese aire sutil
sutilísimo
que guarda los contornos irreales de Dios.

J o s é P e d r o P i c c a t t o

LOS DIEZ MANDAMIENTOS PARA LEER A MARCEL PROUST

Primero

No busquemos en Marcel Proust al autor amable con el lector; por el contrario, es inhumano y fatigante. Nos somete a pruebas severas de atención y nos obliga a seguir el hilo de su discurso sin preocuparse de nuestro cansancio.

Segundo

Empresa sin gloria sería pretender pasar sin escalas por todo un volumen de Proust.

Iremos por sus páginas deteniéndonos en todos los escaparates con aire de desocupados y con ánimo de no llegar nunca al fin. Cuando éste nos salga al paso, habremos deplorado la brevedad de la lectura.

Tercero

Marcel Proust no inicia la conquista del lector. El lector debe entablar la lucha para conquistar a Marcel Proust. El triunfo se obtiene con sumisión, con benevolencia; sometiéndonos a las tiranías de Marcel, a sus caprichos, a sus manías. Nunca debemos suponer que no llegaremos a entenderle. Cuando no le entendemos debemos leerle con el mismo entusiasmo. Después cosecharemos los frutos. Al segundo o tercero de sus libros ya somos técnicos en las especulaciones proustianas y sabemos seguir la urdimbre fina de su arte.

Cuarto

Se debe llegar a Marcel Proust con la paciencia de un pescador. Hay que tener la atención como una red.

Quinto

No debemos buscarle con las facultades de la inteligencia, únicamente. La

sensibilidad es el camino seguro para alcanzar la intimidad de Marcel Proust. Por eso creo que las mujeres deben sentir, aún más que los hombres, las emociones proustianas.

Sexto

Su lectura tiene mucho de un deporte de lujo. Debemos derrochar el oro de nuestras horas con ademán de "sportman".

Séptimo

Marcel Proust rompe la forma gramatical. Sus ideas pasan directamente del cerebro creador hasta nosotros sin la deformación de la gramática. Su pensamiento cobra, así, una temperatura de vida reciente.

Octavo

Hay que saber encontrar el diamante que contiene toda página de Proust. A veces, refulgente, nos llama con ostentación; otras, se oculta con cualidades de mimetismo.

Noveno

Se ha dicho que es tanto lo que tiene que contarnos Proust, que las páginas de sus libros no tienen margen; están escritas hasta el límite de la hoja. Es una de las tantas maneras de martirizarnos.

Décimo

Hay que leerlo con amor. Y con la idea firme de que encierra belleza. Siempre debemos pensar que si no la encontramos la culpa es nuestra, nunca de Proust.

J o s é A. M o r a

C O R E O G R A F I A

(Canción para niños)

Bailarán de tres colores
— rojo, amarillo y azul, —
gallo de una sola púa,
de kí-kiri-kí zumbón.

Las cuerdas de los violines
te hacen correr, bailador,
y las bandas que te envuelven
van borrando su color.

Te vas por las bambalinas
— bailarín y bailador —
girando sobre una perna,
trompito mariposón.

Girando, gira girando,
siempre, siempre en derredor.
Te duermes sobre las tablas
diciendo:
—que sí...
—que no...

Que te cáes, que te cáes
bailarín multicolor!...
Ya te vuelven los colores
— rojo, amarillo y azul —
Que te cáes, que te cáes!...
¡La cuerda se le acabó!

C a r l o s M a r í a d e V a l l e j o

A M A N E C E R

El betún de la noche escapó hacia Etiopía
y el alba abrió en los nidos con cantos jubilosos.
Una brisa muy leve peinó suave los árboles...
y los ríos lucieron luminosas espumas.
En una choza rústica la reja de un arado
encendió un sol bruñido
y un labriego curtido decoró la campiña
erguido y sonriente como un Dios sin venganzas
Fué regado el espacio con la luz de un sol fuerte.
El Trabajo fué un himno en el yunque golpeado
en los cielos lavados
y en las voces ingénuas de los niños del campo.
Corazones gastados tuvieron ritmos ágiles
galopando en los pechos con esperanzas jóvenes
y, sombrillas abiertas en las quintas, los árboles
agitados de vuelos y de cantos
se dieron a esperar el medio día
de los hombres cansados.

M a r í o M e n é n d e z



TRISTEZA DE LA TABLA DE LAVAR



CANDOMBE

M A R I A C L E M E N C I A



BARCO NEGRO



LA SIRENA



GUITARRA

PIDIENDOLE AL OLEAJE UN REFLEJO DE LONAS

Soy una isla que se está muriendo.
Mendiga, y sólo tengo el beso de los cielos.
Pregúntale a los pájaros
si soñaron mi pecho
o rozaron mis días.
Mendiga, y sólo tengo la amargura del viento.
Y tú que eres el agua
que no pensó en Dios,
y el sueño de la espuma
que no quiere morir,
dame de la esperanza
que alumbra como un pan,
y hazme los ojos suaves
para verlas llegar.
Mendiga, y sólo tengo la piedad del oleaje.

J U B I L O P E R F E C T O

Con la misma música
de los grandes párpados
y los mismos sueños
de los gajos grises,
¡retorna, Otoño!
Días de delicados pétalos lilas
caerán sobre mi soledad,
y grandes alas de ceniza y de cielo
se llevarán mi boca
con claridades de uva.
Glicinas infinitas
de tus maduras danzas,
me harán serena.
Y mis brazos que son la frescura,
¡Oh, Tú!
serán crucifijo de lo que se va!
A mi vida
que es su cítara
y el amor de la noche,
¡retorna, Otoño!
Con tu gracia antigua
que es luz de las ánforas
y reflejos de los damascos.

E d g a r d a C a d e n a z z i

DE LA EXPOSICION DE
CARLOS W. ALISERIS



ELENA



FLORES Y PAJARO AZUL

INTERPRETACIÓN LÍRICA DEL FÚTBOL

A través del tiempo, el fútbol es la justificación de la juventud.

Mediodía de la vida; expansión ancha y violenta de todas las potencias naturales, en él se plasma un maravilloso sentido de realidad activa que hace más honda la fruición de existir en el plano humano y más recio el sometimiento deportivo de la razón a la vitalidad.

Todo en el fútbol es exultación de vida. Desde la fuerza estupenda del día, invasión poderosa de luz, de colores y de clangor campestre, hasta la manifestación magnífica de ansiedad con que la multitud se curva clavando las pupilas en el cuerpo desnudo del balón.

Profundiza su azul la lejanía; intensifica su oro rubio el sol; en las manos del viento, se alejan presurosas las nubes, sobre la vieja frente de los caminos, el polvo se tumba perezosamente; y el paisaje se apresta a enaltecer la fiesta inmensa del júbilo, de la destreza y de la audacia.

Diminutos y ágiles, los jugadores se desparraman sobre la gama verde, de la hierba jovial.

Cuando el árbitro del juego hiende con silbido estridente la atmósfera, no son veintidós hombres los que se apresan para la lid: son miles de corazones, innumerables ojos que ciñen el contorno del estadio, oteando por todos los ángulos, fugando de una visión a otra, febrilmente y alborozadamente.

Y es increíble pensar cómo por espacio de algunos segundos, antes de que el puntapié inicial impulse a la pelota en su carrera acrobática, esta pequeña cosa, con levedad de sombra, concentra la expectativa multánime.

La iniciación del juego es siempre a manera de un gracioso encaje, que desea llevar su trama hasta la puerta misma de la valla contraria. Pero esa gracia de filigrana se disipa rápidamente cuando un rechazo brusco echa la pelota fuera de la cancha. Recién ahora comienza el fútbol.

Toda partida sintetiza la inquietud humana de superación. Por eso, los jugadores al desplegar en busca de la pelota, llevan en sí el impulso vibrante de una hélice cuyo motor no se detendrá hasta el final de la partida. Son veinti-

dós hombres de músculos ágiles, temerarios, nerviosos en el gesto y de pies aligeros lanzados en persecución de la diminuta esfera que se escabulle de los botines; a veces, juguetonamente rozan los hombros, resbala por la rampa de las espaldas, produce recios impactos con las frentes, y evade en son de burla el contacto que pretende amarrarla un tiempo brevísimo para despedirla después airadamente.

Jadean los motores humanos; se encienden los rostros; arden de impaciencia las pupilas y todo el engranaje de la máquina footballística funciona en alarde de aceleración. No hay válvulas de escape; el que no corre con violencia tras el balón, permanece en su puesto sin perder de vista a la pelota, pronto a distender los elásticos corporales cuando atropellando al viento el aire aprisionado en recipiente esférico irrumpa sorpresivamente.

De pronto, desde un ángulo lejano, un alero pateo corteramente hacia el centro; el director de la línea de ataque se "corta" en inimitable estilo por entre la estacada enemiga y remata con un tiro violento la maniobra.

Cuando la multitud se empina para contemplar el "goal", emerge de entre los palos del arco una figura hasta entonces casi inmóvil, un felino que brinca con prodigiosa seguridad y cayendo en tierra detiene el balón a dos centímetros de la valla. La pelota es entonces como un globo tumbado por el viento. Y el guardavallas, reducto último del juego, se incorpora asiendo fuertemente entre las manos la burlona bola que aún le visitará muchas veces.

Pasa al otro campo la acción. Idéntico entusiasmo, análoga porfía. Impelida con fuerza extraordinaria, la pequeña esfera sale disparada hacia lo alto en una tentativa inútil de horadar la cúpula de añil.

Para recibirla se apiñan los jugadores, saltan dos, y tres y cuatro, el más oportuno, la desvía ligeramente con la cabeza hacia los pies de un compañero. El hombre, chato, fornido y veloz, despide un "shot" con violencia extraordinaria.

Por el ángulo derecho del arco, en tra-

vectoria velocísima, el balón penetra en la valla enemiga hundiéndose violentamente la red, que permanece aún algunos segundos, temblando dolorosamente, como estameña desgarrada.

Anhelo de revancha y ansia de afirmar la superioridad animan ahora el juego. Se repiten las acciones, con mayor ímpetu, con acoplo de fuerzas, con más destreza.

Y la bola salta, de un lado a otro, rueda, ríe, grita, describe parábolas elegantes, canta con la furia salvaje del Bóreas, se alza entre un torbellino de polvo y evoluciona por la amplitud del campo henchida de soberbia, burlona, segura, agresiva, veloz, dúctil y loca de alegría como un serpentina.

Dinamismo precipitado que quiere ganarle una carrera a la vida. Esfuerzo máximo, potencia y por encima de todo deseo de vencer. Fervoroso e inmenso anhelo de victoria que ensancha los amplios tóraxs, crispa los nervios y agudiza la visión del "goal".

La pelota, entre los pies de los jugadores, es una bala disparada desesperadamente. Tras la huella tibia de su peso, se enardece el empeño de veintidós hombres que son veintidós arqueros prestos a lanzar el dardo certero de su eficacia.

¡Alas para volar! ¡Alas para saltar!
¡Alas para vencer al viento y derribarlo furiosamente en la puerta del arco!
¡Alas para triunfar!

Surge el escorzo en el aire. Milagro plástico de la actitud que desprende al hombre de la tierra y lo estiliza magníficamente sin otro fondo que el espacio, grandioso escenario de la justa que no reconoce límites, porque es de luz, de alegría, de colores, de honda belleza y de firme acento.

Vértigo estupendo de la carrera; dis-

tención maravillosa del salto; potencia admirable del "shot"; polifonía prodigiosa de la tierra que tiembla estremecida, del viento que cimbra los cuerpos ágiles, de la multitud que vibra de coraje, de los muchachotes que hierven de impaciencia y de la burlona pelota, incansable, sonriente, en cuya pequeña redondez se condensa la alegría de la tarde.

Luego, mientras el anillo del crepúsculo empieza a ceñir el paisaje, la pelota gira en el aire con mayor fuerza, brinca con renovados bríos, cruza varias veces como un bólide de un extremo a otro del campo de juego, y después como un dardo viviente — flecha de emoción y de belleza — va a enclavarse en el vientre herido de la red, que vibra una vez más ante la sacudida del impacto.

Cuando el balón se detiene después de 90 minutos de haber visitado todos los ángulos, el público abandona el estadio más consciente que nunca de su pequeña miseria humana, de su impotencia, que al evolucionar en la civilización, no ha podido libertar a la envoltura física de las leyes naturales que la amarran a la tierra.

Tiene un valor metafísico el fútbol, que logra arrancarnos del plano terrestre y nos transporta en sensación de novedad a estadios aéreos, donde las figuras y las tentativas se proyectan con perfiles inmatrimales, acercándonos al cielo y atropellando al tiempo.

Y la pelota, como un volantín inquieto, conmueve ese fondo de niño que hay en todo hombre, nos desprende de la cruda realidad cotidiana y hasta llega a dar la gloria del vuelo ágil, raudo, triunfal, que sólo es permitido a esta pobre cosa que se llama la fantasía humana.

La Paz (Bolivia) 1930.

F e r n a n d o D i e z d e M e d i n a

LA NOVELA DE LA SELVA Y DEL HOMBRE ESCLAVO

(FRAGMENTO DE UN ESTUDIO SOBRE
"LA VORÁGINE" DE EUSTASIO RIVERA)

Todavía no se había dado la novela de América antes de Guiraldes y de Eustasio Rivera. Ahora lo sudamericano empieza a tomar personalidad en la creación de los artistas. Dos grandes obras lo atestiguan así: "Don Segundo Sombra" y "La Vorágine".

Las expresiones más tremendas del continente nuevo son la selva y la Pampa. Ellos se dividen como por mitad su gran potencia territorial. La llanura que es la ausencia, una expresión metafísica de territorialidad, y la selva, que es lo vivo, lo mágico, lo presente, lo que aprieta y sujeta. Eustasio Rivera, con su novela "La Vorágine", logra la verdad de la selva que aplasta y anula al hombre como una pesadumbre. Sus personajes extraídos de la realidad, contrarían el claro sentido humano que nosotros tenemos y nos llena de abstracciones fatalistas de criaturas, de seres que proyectan su destino con una inexorable gravitación fatalista. Toda una gran sensibilidad morbosa hay en la selva y en el hombre que la habita; uno nunca sabe donde se deslinda o se separa lo animado de lo inanimado. Hay un poder monstruoso, mágico, denso, invisible y sensible, que se apodera y devora toda corporeidad animal y humana.

"La Vorágine" es el gran drama de la selva que el Dante pudo haber escrito.

La Selva

La personalidad geográfica de Colombia no es de hermosa despejada, en la alegría de una naturaleza sin turbación. Hay un nudo de salvajidad en todos los paisajes de ese país, aun en los más dulces que se dan en los paréntesis formados por la curva de los ríos y el corto tiempo de espacio de una llanura. Los pantanos de la costa, tampoco es la verdadera Colombia, que luce montañas grandiosas y vastas praderas vírgenes. Colombia es la selva, esa selva que da el mayor silencio del mundo a pesar que

está toda la vida en su seno. Los refinamientos más preciosos salen de ella para el hombre civilizado, pero la muerte y el dolor son ley para sus habitantes. Allí está la palmera de penacho ágil, la vainilla de sutil aroma, y la orquídea pluricolor, tan punzante en el significado erótico de lo tropical.

Todo el fabuloso prestigio de vida que tiene la selva vista desde una colina, como esplendor manifiesto de las potencias vivas de la Naturaleza, y que se da como un monstruo, con su osamenta, músculos y respiración, es desierto de soledad cuando se permanece en ella, y en la cual nunca se sale de ese sopor de sueño que hace permanecer entre lo real y irreal. Esa alegría fuerte, reposada y lúcida que tiene el llano y su habitante, que es de personalidad despejada y vigorosa, se vuelve soñolienta en la magia sutil de los silencios vivos y encantados de la selva.

Aislado el árbol, es dulce, da olor amigable, y sus manos de fina gracia bajo el cielo apretado en su pupila, tienen la joya viva de un pájaro o de una flor; el árbol junto al río es la paciencia del amor; pero el árbol que no es jardín, ni personalidad de paisaje, el árbol que es selva, significa la poderosa palabra mágica del horror.

Allí todas las potencias del mal y del misterio se alían, y su fisonomía se vuelve monstruosa; su dominio es recomendado fabulosamente en el reino de la muerte y del silencio. La selva vive, rumorea, respira y acecha. La montaña se comprende, la llanura se conoce y es amiga del hombre; pero la selva tiene potencias desconocidas y es enemiga siempre; hay un choque de energías desconocidas que rumorean y expresan su vida como una noche sin orillas de luz.

Lo que se pega al alma como una tela húmeda y fría, es el espíritu de la selva, que está formado por todo aquello que flota vivo y hace espeso y mágico el silencio; hay un contacto activo y succionador de presencia entre el hombre

y la selva, y el ser humano está como elemento precioso de ese aliento de sujetamientos brujos; y la locura tremenda y espantosa de sus nudos de sombra que son su manto de espléndida irrealidad, como minúsculas manchas, como pupilas magnéticas de un pulpo de helado misterio; y después esos resortes de agrio movimiento como si la selva se cansara de estar quieta, que crujen y zozobran con un ruido como si el eje de la Tierra se desgajara.

Cuando la selva se cierra tras el hombre, es como un espejo mágico de ardientes reflejos azulados, que invita perversamente a agradables misterios, pero el hombre una vez en ella es absorbido, como la gota de lluvia en la sed sin sonrisa del arenal.

A medida que el hombre se interna en la selva, van apareciendo sus valores hostiles; ya son los pantanos que hay que pasar con el agua hasta la cintura, haciendo grandes esfuerzos para no caer con los pies enredados en las raíces; ya la silenciosa inamistad de los mosquitos que disputan con las sanguijuelas la gota de sangre; la labor de tatuaje de los pinchos y espinas se encargan de realizar en el rostro y las manos; los crueles y misteriosos insectos; esos ojos que siempre y de todos lados espían fijamente; el musgo de pegajosa baba caliente; la sombra de pájaros o de fieras que pasan apretándonos de miedo; la ronca agitación de todos los insectos; las hormigas que rumorean una especie agria y sutil de ruido en las hojas y los troncos; y los espejismos y alucinaciones que hacen enredar los ojos y sentidos.

Ningún viento, ninguna ternura, ninguna gracia leve; todo es monstruoso y canceroso. Como lámparas de difícil luz, gruesas flores atan moscas; frutos de pesados perfumes contradictorios; fondo turbio en que toda realidad se deforma hasta perderse en una sola vida de alucinación; sólo de vez en cuando algunas finas tiras de cielo son flecos de papel celeste. El paso resbala en la arcilla roja, la boca se hincha de sed; los ojos se dilatan hasta pesar como piedras en la tela de las sombras; el oído se sostiene atento al paso afelpado que se desliza en el matorral. En este ambiente, el corazón empieza a sentir por primera vez una vida intensa y extraña, y se dilata hasta las orillas más secretas de la Naturaleza; la sorprende en su armoniosa crueldad de Ser.

Este agobio tiene allylo de vez en

vez; de pronto la selva se aclara en espacios; las ramas más altas han dejado un círculo de aire, un pequeño patio de bondad hay para el alma, allí bajo ese escaso espacio de cielo, las flores como joyas de adolescentes, danzan con jubilosos movimientos de colores y dan dulce fiesta a la vista; mientras diminutos colibríes como chispas de oro y nácar, aparecen y desaparecen entre las hojas.

Este escenario sirve para ocultar y dar vida a hechos y a crímenes de tal naturaleza, que conmueven hasta lo más profundo, y que solo nos bastaría nuestra calidad de seres humanos para llenarnos de indignación. Toda esa tremenda barbarie es lo que ha denunciado con valentía y con honradez, con un magnífico libro, el escritor Eustasio Rivera, una de las figuras literarias de América más poderosas.

Los traficantes de esclavos

La humanidad se impone un deber de suprimir todo aquello que es su vergüenza y un insulto para los valores inviolables del hombre como ocupante de la tierra; por encima de los derechos de nación, están los valores de humanidad y de civilización.

Hay pueblos todavía en el mundo que entregan sus hijos a la explotación de la esclavitud, y a la barbarie de los intereses de unos cuantos bandidos, que manchan y consumen todos los valores morales y humanos por unas monedas de oro. Ante el crimen y la esclavitud del hombre, hay una sola actitud: la de defender, la de salvar a los tiranizados y destruidos. No hay que autorizar el crimen con silencios cobardes. Se debe llevar el sentimiento popular de las naciones civilizadas, el conocimiento de un hecho de barbarie y de crueldad, tan trascendente y tan horroroso, como los más estigmatizados en la historia de todos los pueblos; y es la esclavitud del hombre rural de América, de una increíble suerte en la barbarie de métodos y de costumbres que se usan en Colombia, Brasil, Chile, Argentina, Paraguay y Venezuela.

Los caucheros de Colombia, los yerbateros del Paraguay, los obreros de las fazendas y cafetales del Brasil, los obreros de los bosques de Misiones y de Formosa de la República Argentina, los mineros de Chile y del Perú, y obreros de Venezuela, reclaman una garantía de hu-

manidad para su salvación, y la colaboración de todos los hombres honrados de la tierra, para la extirpación de esa asquerosa llaga que es deshonra del continente latino de América.

Hay que interesarse por la suerte de todos esos desgraciados que se consumen en el horror y la muerte; hay que hablar bien claro y con verdad, como lo han hecho ya Rafael Barret en "Lo que son los yerbales" y Eustasio Rivera en "La Vorágine".

La causa de los obreros rurales de la América Latina, debe ser llevada a todos los ambientes del mundo civilizado, y combatir sin cuartel a esos adversarios del hombre; hay que formar la alianza de la gente de corazón para una obra generosa y necesaria de valor humano. Por cuestiones financieras no hay que dejar perecer, hundiendo en la ignominia y la degeneración, a niños, hombres y mujeres, que han caído en la explotación de bárbaros complotados y en juego de utilidades con los gobiernos de la mayoría de los países de América. Es una obra de cordura y de humanidad; por encima de movimientos de ideas políticas y de simpatías de nacionalidad deben unirse los hombres que esperan de América una civilización y no una zona de barbarie y de escándalo en la explotación de la carne humana.

Además, de una potente labor artística, la novela de Eustasio Rivera "La Vorágine" significa una empresa de sinceridad, en el alerta de la vida moral que ultraja y denigra el destino de las democracias que organizan la vida civilizada de los pueblos de América. En casi todos los países de este continente, que es esperanza del mundo, impera el terror blanco, el esclavizante que distribuye con los gobiernos el duro premio de una explotación canallesca.

Eustasio Rivera ha prestado con esta obra a su país y a la civilización un inestimable servicio, al poner al descubierto esa organización de horror, con que una sociedad de democracia más o menos señalada, se permite y explota, poniendo en peligro de muerte las energías de significativo valor, como son esos miles de niños, de hombres jóvenes y de mujeres, que en cortos períodos se consumen, de fatiga, de agobiamiento y de corrupción.

Llenan de indignación y de cólera las sorprendentes revelaciones de este gran escritor colombiano Eustasio Rivera, al comprobar con su presencia, hechos de

barbarie que misteriosamente se realizan en el escenario de esta América que creíamos algo más adelantada en su civilización, y con lo que se destruye fríamente a miles de hombres, por el hambre, la miseria y las armas puestas al servicio de comerciantes criminales, en una sistemática acción frente a seres que no tienen más culpa que la haber deseado trabajar, o el haber implorado un pedazo de pan, llevados por el hambre y la angustia. Las insolventes desvergüenzas y las groseras astucias de que se valen los proveedores de carne humana para los trabajos de las selvas, en una monstruosa alianza con los gobiernos, está dando con un interés vivo en el hermoso libro "La Vorágine". ¿Quién sabe hasta cuando seguirá devorando malditamente carne humana, energías preciosas, la selva de América y sus organizados explotadores!

La avidez devastadora de unos cuantos hombres, con nada está igualada con tal de que se obtengan riquezas desproporcionadas, para regalo de algunos burgueses que en países de civilización disfrutaban de fastuosas vidas, gracias a la sangre y a la muerte de infelices desamparados, que engañados por una promesa de trabajo, se internan para siempre en la selva, donde son explotados por la violencia y humillados por el látigo que se esgrime con ferocidad e insolencia. Todas las potencias de la muerte se hallan suspensas en los días de los obreros de las selvas de América: que obedecen como esclavos y se destruyen en la fatiga sin reposo de un sistema de trabajo despiadado. Los obreros una vez internados en la selva no les resta más que morir.

Los rumberos

Al servicio de las compañías explotadoras, hay siempre una cantidad de hombres y mujeres, que recorren los pueblos y los campos; a veces son militares conspiradores que han tenido que acogerse al banditaje, presidiarios evadidos o simplemente baqueanos. Hombres clueles y sensuales, alucinados de riquezas que nunca conseguirán o simples criminales de instintos sueltos. Periódicamente recorren llanuras y visitan poblachos en el arreo de la carne humana necesaria para el alimento voraz de la selva; el esclavo en su seno parece generalmente y hay que renovar el alimento de la in-

saciable. La miserable vida rural de América es el mejor argumento para el siniestro comercio; niños, hombres y mujeres, en la esperanza de cambiar en algo a su desdichada vida, siguen al ofertador por los largos y penosos caminos que llevan a la selva. Los recolectadores de carne humana también hacen uso de los desperdicios sociales, que como un vómito, la sociedad arroja de su seno; seres vencidos por el alcohol, la sífilis, o la derrota que trae la desdicha, buscan también un refugio entre los obreros del caucho.

Los recolectadores usan los métodos del anticipo. Con unas monedas se conquista al cliente que ha de ser enterrado para siempre en la selva. Con esa platita que cae en sus manos tan ávidas, el infeliz sueña por unas horas con una vida rica y libre, y en un futuro en que la fortuna, los placeres y mujeres bellas, serán el premio de su trabajo y de su esperanza. Para celebrar el suceso, bebe, juega, baila y hace una juerga en la que pone con frenesí ese dinero que posee por un momento. ¡Vivir, vivir aunque sea por una hora; él que sólo ha conocido el hambre y la desesperanza. Enloquecido, desata todas sus sensualidades de bestia en una orgía memorable. Después... agobiado, vencido, esclavo para siempre ya, va tras el recolector que vigila su paso y cuida su fuga con la ley del winchester. Y así por ríos y por llanos desfilan bajo soles abrasadores la tropa negra. El trayecto a veces implica una marcha de meses, aunque el viaje, los caucheros lo hacen generalmente por el río Orinoco y el Casiquare, que es el más cruel suplicio que se pueda pedir a un ser. Arrodillados en canoas no grandes, con perros y víveres que se pudren; con lluvias impertinentes y un sol que se clava con una hostilidad de muerte, van durante días y noches; con la guardia alerta de los caimanes, y las picaduras constantes de los zancudos y mosquitos. Y ese látigo continuo del sol que es tan duro con el hombre; las fiebres, la muerte y la locura, ralea la tropa, que llega a veces diezmada hasta una tercera parte.

El rumbero llega con el resto de la razzia que va a pedir amparo a la selva; están en el colmo de la miseria; descalzos, astrosos, llagados; el administrador con una inepugnabile dureza los recibe y los examina como a tropa de animales. No hay ninguna piedad, ni es posible conseguir ningún nuevo adelanto; hay

que pagar con goma el dinero empleado ya en ellos. El revólver y el sable a la vista tienen la elocuencia de la autoridad de que dispone este hombre. Desde ese momento empieza el martirio que durará hasta el fin de los días. Ahora esos cientos de seres humanos pertenecen a la Selva. La presencia de esos hombres en su seno está irreconciliable con la cordura de la vida; nunca serán ellos mismos "El personaje Clemente Silva dice en "La Vorágine": "Les aconsejo no mirar a los árboles, porque hacen señas; ni escuchar los murmurios, porque dicen cosas sin pronunciar palabras, porque los ramajes remedan la voz".

Esas escenas de locura y de alucinación que son la casi diaria vida del cauchero, se han registrado ya muchas veces durante el viaje.

La sutileza de los sentidos se afina, por el hambre, la sed y las fiebres.

El que ha visto alguna vez respirar a un pulpo; con sus gelatinas que se hinchan, con su repugnante cara granosa y esa fosforescencia propia que lo hace vivir sin necesidad del sol, así como un fenómeno inquietante y asqueroso, donde todo es turbio, mohoso y caliente, es la selva para el cauchero.

La selva donde cada árbol tiene una vida independiente, una personalidad inalterable, que obedece a costumbres de familia desde centenares de años, y que sabe morir sin perjudicar la especie, obedece sin embargo, ciegamente a la ley de la selva, cuyo espíritu como un Dios exige una obediencia ciega, una disolución absoluta de la voluntad.

El espíritu sur y el trópico

En América latina se va a dar el espectáculo de dos temperaturas espirituales, que van a alternar al ir advirtiéndose la fisonomía de lo sudamericano. Una sensibilidad tropical, de espesa hermosura, con una hermosura caliente y mórbida de bosque (la selva) y otra sensibilidad de clima costero, de fino aliento y de claridad en lo descubierto de la inteligencia; el modo esencial de lo tropical lo darán Méjico, Colombia, Venezuela, Ecuador, Bolivia, Paraguay Perú y Brasil, y el otro espacio espiritual más sutil en la obediencia de los equilibrios vendrá del Uruguay, la Argentina y Chile. Donde el fruto se hunde en el goce de la luz liviana.

El Sur, es lo fino, lo espiritual, lo

tranquilo, y de severa esencia; y el otro espíritu tendrá la abundancia y el prodigioso color del trópico; pero un trópico diferente al trópico negro, de fuerzas blandas y sensuales. El trópico del negro es infantil, árido y sin ninguna fibra espiritual. El trópico de América es fértil, suntuoso, con tonalidad en el símbolo humano y rica realidad de poesía; hay un oleaje de fervor en el arco multicolor de su floresta con un éxito de sensualidad.

Es trópico blanco el que va a dar esa cultura sudamericana. Hay un determinamiento vivo en lo sensual, en la psico-

logía del espacio ancho del hombre habitador de esa América.

La más fabulosa riqueza de esta América es el árbol (la selva) es el nuevo magnetismo que alucina a todos los aventureros de la tierra.

La música negra, es anecdótica, de dibujo epiléptico y superficial, la música sudamericana es profunda y melancólica hasta lo religioso. Las artes negras son infantiles y grotescas sin humor. La plástica sudamericana es imaginativa. Construye la inteligencia.

"La Vorágine" es la primer obra seria del arte tropical sudamericano.

J u a n M. F i l a r t i g a s

C A R I D A D E

O anjo nostálgico que dorme a minha alma
Acordou esta noite a espiou nos meus olhos.
A lagrima caída ainda agora, era delle.
Foi elle a esqueceu á porta dos meus olhos
Com o discreto pudor com que á porta da igreja
Deixamos cair a esmola na mão do pobre.

Marselha, 1930.

R i b e i r o C o u l t u r a

Extraña es la situación sobre la tierra. Todos venimos por una corta visita, no sabiendo por qué, y, sin embargo, hay veces en que nuestra misión parece traer un propósito divino.

Desde el punto de vista de la vida diaria, no obstante, existe una noción sobre la cual estamos seguros: y es que el hombre está aquí por el amor del hombre — sobre todo por el de aquellos sobre cuya sonrisa y bienestar descansa nuestra propia felicidad, y también por el de los millones de almas desconocidas con cuyo destino nos sentimos ligados por lazos de simpatía. Varias veces al día reflexiono sobre cuánto en la labor del prójimo — de los que viven y de los que han ido — hay de base para la construcción de mi vida interior y exterior, y cuán seriamente tendré que ejercitar mis facultades para devolver lo que de ellos he recibido.

Filosóficamente hablando, no creo en la posibilidad de una liberación humana, pues nuestros actos no sólo son determinados por compulsión extraña, sino también por necesidades interiores. La sentencia de Schopenhauer ("Sin duda, el hombre puede lograr cuanto desea, pero no puede nunca determinar ese deseo") permanece grabada en mí desde la juventud y me ha servido de consuelo cada vez que he presenciado o sufrido las asperezas de la vida. Esta convicción suele ser un perpetuo combustible para la tolerancia, pues, haciendo una inclinación al humorismo, no nos permite tomarnos a nosotros ni a los demás demasiado seriamente.

La obsesión de una interminable ponderancia sobre la propia existencia y el sentido de la vida en general me parece, desde el punto de vista objetivo, una perfecta tontería, y, no obstante, todo el mundo abriga ciertos ideales por los cuales gusa su criterio y sus aspiraciones. Los ideales que siempre han brillado ante mí, llenándome con la alegría del vivir, son el bien, la belleza y la verdad. Jamás se me ha ocurrido hacer una meta del confort ni de la felicidad: una ética construída sobre esta base sería propia únicamente para un hato de ganado.

Sin la conciencia de sentirme en colaboración con seres de mentalidad afín en

la persecución de lo inasequible, así en el arte como en la ciencia, mi vida hubiera quedado vacía. Desde mi niñez vengo mirando con desprecio las vulgares limitaciones que con tanta frecuencia suelen ponerse a la ambición humana. Posesiones, éxitos superficiales, lujo, publicidad. Todo eso me pareció siempre despreciable. Un simple y modesto régimen de vida me parece mejor para todo el mundo, mejor para el cuerpo tanto como para el alma.

Mi apasionado interés por la justicia y la responsabilidad sociales ha permanecido siempre en curioso contraste con una marcada carencia de voluntad de asociación. Soy caballo de simple aparejo, inapto para trabajar ayuntado o en ristra. Jamás he pertenecido a un país o estado, a un círculo de amigos, ni aun a mi propia familia. Estas sujeciones se han mantenido siempre a una larga distancia, permitiéndome cumplir mi deseo de llevar al interior un perfeccionamiento progresivo.

Tal aislamiento es amargo algunas veces; pero, así y todo, no deploro la falta de simpatía y comprensión respecto de los demás. Es cierto que pierdo mucho con ello, pero me considero recompensado con la independencia que me permite mantenerme alejado de sus costumbres, prejuicios y opiniones, y no me siento tentado de confiar mi paz espiritual a bases tan movedizas.

Mi ideal político es la democracia. Todo individuo merece ser respetado como tal, pero nadie debiera convertirse en ídolo. Es una ironía del destino el que yo haya recibido el homenaje de estima y admiración que no merezco y por la que nunca me he afanado. Acaso esta adulación no sea sino el resultado de un insatisfecho deseo en la multitud por comprender las pocas ideas que con mis escasas fuerzas he logrado mejorar.

Estoy plenamente convencido que para lograr un fin definitivo, "un" individuo es el que debe encargarse de llevar, con la mayor responsabilidad, el pensamiento y el mando de los demás. Sólo que en vez de acaudillada, la multitud debiera ser guiada, y cada uno en libertad de elegir su gusa. Las divisiones de clase me parecen falsas. En último análisis, vemos

que toda estructura descansa sobre la fuerza. Estoy persuadido de que la degeneración sigue a todo autocrático sistema de violencia, pues, inevitablemente, la violencia congrega a los seres de moral inferior. La Historia nos ha probado que a un ilustre tirano sigue siempre un redomado canalla.

Por esta razón he sido siempre opuesto a regímenes como los que existen actualmente en Rusia e Italia. La causa que ha provocado el descrédito en que han caído las formas de la democracia europea, no es, como creen algunos, la básica teoría de la propia democracia, sino la inestabilidad de nuestra dirección política, así como el carácter impersonal de los alineamientos de partido.

Creo que los norteamericanos son los que han dado en la clave. Eligen un presidente por un período razonable y le conceden las suficientes facultades para desempeñar su misión. Por otro lado, admiro en el gobierno alemán su más comprensivo cuidado hacia el individuo cuando éste no se halla en estado de valerse por sí. Lo verdaderamente estimable en la baránda de nuestra vida no es, a mi ver, la nación, sino la creativa e impresionable individualidad, la personalidad — aquel que es capaz de producir algo noble y sublime, mientras que el rebaño común permanece mellado de entendimiento y de sensibilidad.

Esto me lleva a tratar aquella resultante más vil de la mente colectiva: la odiosa milicia. El hombre que experimenta placer en una marcha militar y está dispuesto a entrar en filas a los acordes musicales, cae de lleno bajo mi desprecio. Por equivocación ha sido dotado de cerebro, cuando la espina dorsal hubiera sido más que suficiente. Ese heroísmo del mundo, esa insensible violencia, esa maldita altisonancia del patriotismo... ¡Con qué intensidad los desprecio! La guerra es baja y detestable, y antes consentiría ser aplastado o hecho trizas que participar en su matanza.

Urge borrar ese baldón de la humanidad. La opinión que tengo de la naturaleza humana es demasiado favorable para no creer que la guerra habría sido exterminada hace tiempo, si el sentido común de las naciones no fuera sistemáticamente corrompido por medio de la escuela y de la prensa, para fines políticos y financieros.

Lo más bello de que tenemos conocimiento es el misterio. Es la fuente de toda arte y de toda ciencia. Aquel que se sienta cerrado a esta noción, que no pueda extasiarse ya de admiración o transportarse de terror, vale tanto como un muerto. Sus ojos están cerrados. Esta incursión al misterio de la vida, aun unido a un sentimiento de temor, ha dado asimismo, lugar a la religión. La conciencia de que existe realmente aquello que nuestro entendimiento no puede penetrar, manifestándose como la suprema forma de sabiduría y la más radiante belleza que nuestras embotadas facultades pueden aprender tan sólo en sus líneas más primitivas; este conocimiento, este sentimiento, forma el núcleo de la verdadera religión. En este sentido — y solamente en este sentido — pertenece a las filas de los devotos religiosos.

No puedo concebir a un Dios que castiga y premia a los objetos de su creación. Un Dios, en definitiva, que no es más que el reflejo y la imagen de la fragilidad humana. Ni puedo creer en la supervivencia del alma por más que almas débiles abriguen ese pensamiento al través del temor o de un ridículo egotismo. Me basta con la contemplación del misterio de la vida consciente, en su perpetuación al través de la eternidad, con reflexionar acerca de la maravillosa estructura del universo que sólo débilmente podemos percibir, y con tratar de comprender aunque no sea más que una parte infinitesimal de la inteligencia manifestada en la naturaleza.

Traducción de "Surco", de La Habana.

A l b e r t o E i n s t e i n

Extensión en los comienzos del sueño;
 oh! todo se dibuja en las comarcas circundadas
 Abstracción antes de las cosechas
 cipreses a la espera de la señal de la siringa
 barcos siguiendo la estrella de los vientos
 mar de mercurio en las soledades del atlas.
 Sobre la piel de los valles
 la curva de los ríos pacificados;
 mis viajes extrarreales
 paralelos al viento blando entre los abetos.
 Los golfos son otros cielos
 que cruzan ángeles y aviones;
 desplazamientos paralelos
 unidas las aureolas a las hélices.
 He aquí que se confunden
 epidermis de blancos y de negros
 y el humo de sus pipas acariciadas
 y sus tabacos raros y elegidos.
 He aquí que en esta escala
 el miraje es menos engañoso
 estilizado en las viejas estampas
 limitado por el meridiano de los planisferios.
 Cuadros de historias y de edades
 decorados por signos de la náutica,
 y dioses y animales
 que desde sus destinos viven vidas iguales.
 Atletas de otros climas
 los vientos soplan sus amenazas
 o hacen entre los pinos y las landas
 la música sin ecos de las cartas geográficas.
 Islas de albatros en las sendas celestes
 hinchan las nubes sus gavias de yodos y de sales
 desplegadas y lentas
 en las tierras heladas.
 Zonas de nostalgia y de niebla,
 acordes en blanco y gris Escandinavia,
 encantamiento de los días iguales sin comienzo
 y de las noches reflejadas.
 Mares petrificados
 surcados de icebergs en lenta caravana;
 fjords que tienen la hora azul en sus pisos
 y en sus techos las auroras boreales.
 Una canción del Norte se escucha,
 una balada.

P O E M A S E N P R O S A

EL CIPRÉS Y LA ESTRELLA

—“Suavemente me miras. Y suavemente, al recostarme sobre el esbelto hombro de la noche, me besas. ¿Por qué me amas si yo no albergo tu nido, hamacado por las sombras? ¿Por qué me amas si no reflejo tus luces ni tampoco recojo en urnas de movibles terciopelos el río de las tempranas perlas?”

El ciprés le hablaba así a la estrella, alzando al lejano jardín de alamedas de oro los entreabiertos brazos de sus ramas. La estrella le miró con compasivos

ojos y luego murmuró con sus voces serenas:

—“Yo escucho al través de los muros de nubes, tu canto de desconsolada impotencia. Tú no tienes belleza de corazón de nido, ni suavidad de alas frescas. Pero llega hasta mí el clamor de tus silencios, las imágenes de tus manos traspasados de angustia, las crispaciones de tu frente en pensamiento. Por tu tremenda soledad de vivo entre los muertos te amo”.

E L Á R B O L

El árbol estaba solo. Nadie nos escuchaba y la brisa pasaba, rizando las caballeras de los helechos y besando la lozana mejilla del río.

—“Oh, solitario profeta, le dije al oído. Si vieras cómo vive en mi alma la certidumbre de nuestro común origen.

Yo recuerdo, entre la vaga procesión de mis sueños, el canto brusco del viento, los labios amorosos del agua, la mirada sutil del manchado lagarto, el ala temblante del zorzal que nunca aprendió sus ondeados trinos.

Yo tengo en mi sangre las líquidas cuerdas de un arpa que nació quizás en un tronco de tu selva virgen; tengo en el

pensamiento la tornasolada luz de los follajes.

Aún seré nave sobre el crisantemo crispado de los mares lejanos; luego lucírnaga para colgar la voladora linterna en la más abandonada ventana; luego todavía cristalizada entraña de piedra, con los ojos clavados en la contemplación del espacio; y en la última desintegración, arena que escuche las quejas de las adormidas olas, brizna de humo flotante y sin rumbo, reflejo o sonido, perfume, hebra de un casi invisible e imposible ensueño.

¡Oh, solitario profeta! ¡Qué larga y qué corta es la hora!”

Puesta mi alma en el diálogo esperé la palabra. El árbol estaba solo y nadie, absolutamente nadie, nos escuchaba.

P U Ñ A D O D E A G U A



INTERPRETACION DEL POEMA
"SILENCIO" GRABADO EN MA-
DESA DE L. CASTELLANOS
BALPANDA.

H O R I Z O N T E M A R I N O

Del libro PUÑADO DE AGUA
que acaba de aparecer.

Horizonte ¿qué has hecho de mis ojos?...
Te los dí en la luz última del mar.
¿Dónde has puesto la carga de mis ojos, horizonte marino?
¿Qué has hecho de mi mundo sumergido en tu sal?

... Una tras otra, sueltas,
Las piedras de mi castillo
Te dí... Una tras otra,
Se iban apilando...
Y los muros se hacían...
Y las columnas de la fe
¡Con qué firmeza se alzaban de raíz!

¿Qué has hecho de mi parque?...
¿En dónde están
El derroche de luz y la irrupción de pájaros?...
¿Dónde has dejado
La arboleda cantora, horizonte marino?...
Cobijado en la noche
Como un ladrón te has ido
Con tu carga preciosa.

Te coroné de estrellas,
Te deslumbré de soles,
Te entregué mis eclipses,
Y en tu línea salobre donde descansa el cielo
Desfilaron mis muertos en sus días felices.

Estás mudo, horizonte...
¿Dónde está tu escondrijo?...
Mira que en otras tierras no prenderán mis árboles;
Que mis pájaros todos caerán enmudecidos
Desde las ramas secas
A los limos sombríos.

¡Devuélveme mi carga,
Horizonte marino!

L A M A R I S C A L A



CABÁTULA DE ADOLFO PASTOR

U N A R O D A D A

Del libro recientemente aparecido "La Mariscala", de nuestro compañero Juan Mario Magallanes.

Delineando vagamente la silueta de las próximas sierras, el cielo comienza a clarear por el oriente y adquiere un tinte ámbar brillante hacia el abra cercana.

Apenas un resplandor azulado flota, inconsútil, sobre la campiña dormida.

Dermidio apura su azulejo.

Ha salido, noche aún, de las casas, luego de amarguear, pues quiere recorrer toda la costa del alambrado antes que caliente el sol, que en verano no se hace desear.

Entre los chilcales se esconden las sabbandijas y el zorro grita allí cerca, provocando al hombre, que marcha sin los perros.

Atraviesa la pequeña cerrillada y ya en el llano, galopa hacia el límite del campo.

Junto al alambrado, pone su caballo al paso, y comienza la recorrida, atento, observando, entendido, los hilos y las huellas, a la luz difusa del alba.

Han desaparecido dos animales los últimos días y por algún lado se van...

—O por algún lau dentr'alguno... — murmura.

De pronto, el grito del zorro se hace oír, más cercano.

Ya aclara, y Dermidio alcanza a ver, entre unas piedras grises, las puntiagudas orejas, paradas, en observación atenta.

—Vos te vas acercar más... — piensa, tranquilo y sonriente. Continúa al paso.

Se desvía algo, siguiendo unas huellas que van a parar a un cañadoncito. Vuelve junto al alambre.

Ya antes de asomar el sol, comienza a sentirse el calor.

—Tengo que caminarse como cuatro leguas...

Pero a la vuelta, tomará sus mate, y almorzará a la sombra, bajo la enramada de la cocina.

De nuevo, el zorro le grita. Esta vez más cerca aún.

—Qué quedará ésto?

Dermidio no se vuelve. Aprieta los labios y continúa la recorrida.

Ya es día claro.

Una niebla densa se levanta para el lado de los cerros y se percibe el rumor animal que despierta todos los días. Babilidos lejanos. Presentidos cantos de pájaros.

—V'hacer calor!... — murmura Dermidio. Y apura el azulejo, que toma al trote, orejas paradas, haciendo sonar las narices, fuerte y contento con el aire mañanero.

—Guá!... guá!...

Ahora ya cerquita, allí, detrás suyo.

Dermidio pone el caballo al paso, y sujetándolo poco a poco lo detiene por fin. Lento se vuelve. Allí, a veinte metros, el zorro sentado, lo contempla con sus ojillos negros, las orejas enhiestas, el puntiagudo hocico husmeante.

Dermidio descabalga. Hace como que arregla el recado, sin mirar al bichejo. Como que no lo ha visto. Saca el revólver, y casi sin apuntar, le hace un disparo. Una nubecilla de tierra vuela unos metros detrás del zorro. Este se vuelve, mira aquella nubecilla, y tranquilamente, torna a observar al hombre, la cabeza medio inclinada a un lado, como interrogando. Irónico, valiente.

—Bicho juna gran!... — Atrevido!... — rezonga Dermidio.

Lentamente, con precaución, acomoda el caballo, manso, acostumbrado a esos juegos, y apunta, afirmando el arma en la cabezada del recado. Suenan los disparos. El azulejo se estremece. La bala pica junto al zorro, que da un salto de costado. Pero allí vuelve a sentarse, y audaz, mira de nuevo al hombre. En su actitud hay burla y desafío.

Ya enardecido, Dermidio va a disparar otra vez. Pero recuerda que no tenía sino tres balas.

—Me víá quedar sin ninguna si le tir' otra vez — piensa.

—Y me puede hacer falta.

Vuelve el revólver al cinto. Mira al zorro. Grita:

—Ya, bicho!... — Y revolea el rebenque.

El animalejo permanece inmóvil, en su actitud provocativa. Entonces Dermidio salta sobre el azulejo. Lo llana en la rienda, lo tornea hacia ese lado, le cierra piernas.

El caballo, pronto, buen animal del medio para los rodeos, arranca con ímpetu, afirmándose en las patas y batiendo el aire con las manos nerviosas, que golpean luego el seco suelo.

El zorro huye.

Pero ya está el caballo sobre él.

Dermidio toma el rebenque de la sotera y tirándose hacia la derecha, va a descargar el mangazo.

En ese momento, el zorro gambetea como un rayo y el caballo, baqueano, inteligente, quiere aparearlo. Pero pisa mal, y clava la cabeza en el suelo, dando una vuelta sobre sí mismo. Se ven las patas en el aire, luego la panza overa. Caen por fin de costado, el cuello estirado sobre el pasto, el bello tembloroso y sangrante.

El hombre, desprevenido, no ha tenido tiempo de saltar, o se ha enredado en las guascas y queda debajo, apretado, inerte.

Flota un momento el silencio trágico de los grandes dolores.

Una calma inaudita puebla el llano, sobre el que vuelan los pájaros matutinos.

El grupo del hombre y la bestia, es sacudido por un sobresalto, al que sigue un grito de angustia, un alarido de dolor.

Es que el caballo quiere pararse, y en los balanceos aprieta y destroza más al gaucho.

Cuando el animal consigue levantarse, Dermidio permanece inmóvil, arrollado sobre el pasto. Es un montón de ropas negreando sobre el verde naranja de la gramilla. La brisa de la mañanita ondu-la la amplia bombacha y hace flamear la roja golilla, llamita tímida del fuego que empieza a abrasar el llano.

El caballo se sacude, suena las narices mira hacia su dueño, y luego se aleja un trecho, volviendo la cabeza atenta, esperando... Después pasta, tranquilo, parece indiferente. Y buscando la hierba tierna, va alejándose lentamente del sitio, incomodado por las colgantes riendas que pisa y lo detienen de pronto, sorprendiéndolo.

Dermidio ha quedado solo, perdido el

conocimiento, perdido él mismo en medio del llano dorado por el sol que asoma ya, acostando sombras sobre el campo.

El sol está ya alto y la campiña arde como una fragua.

Los ganados buscan ansiosos la sombra y las frescas aguadas del monte, o vagan, despaciosos y lamentables, por los llanos abrasados o entre los pedregales hecho ascuas.

Es entonces que Dermidio despierta totalmente de la semi inconciencia en que el dolor físico lo ha sumido.

Intenta moverse, y lanza una exclamación de dolor. Experimenta la sensación de que sus dos piernas hubiesen echado raíces en el suelo.

Quiere erguirse, sentarse, y un nuevo dolor agudo lo recorre desde las piernas hasta el pecho ahogándolo, paralizando el corazón.

El gaucho es guapo, es duro, pero aquello lo hace aflojar.

Se lamenta en voz alta, tembloroso:

—Juna gran perra!... qué desgracia!...

Luego, alargando un brazo, con miedo de comprobar una verdad que siente terrible, alcanza a palpase las piernas y entonces, cae de nuevo cara al suelo, y lo sacude un sollozo ronco, mezcla de rabia y dolor:

—Las dos quebradas!... ¿Será posible, mi Dios?...

Se lleva las manos a la cabeza y las retira rojas de la sangre que mana de un enorme tajo en la frente.

Piensa cómo puede haber sucedido aquello. Ah!, sí... el zorro!

—Bicho! el diablo!... maldito!...

Siente que la cabeza se le abre, que el sol lo cocina, en aquella inmovilidad terrible.

Está pegado al sitio por sus dos piernas fracturadas, que no le permiten casi hacer un movimiento.

—Y cómo me dejé apretar!... — Se admira quejumbroso, casi tan dolorido de su fracaso, como de sus heridas.

Busca con los ojos su caballo, decidido, de pronto, a luchar con el dolor. Pero el animal es un punto allá, junto a la sierra, donde ya se interna.

Dermidio quiere asirse con los ojos a aquel puntito oscuro, como a una esperanza, pues es el único ser viviente que se mueve en todo el llano. Quiere atraer-

lo con la mirada, con el deseo, con el temblor de su vida enfebrecida.

Pero el caballo se pierde entre el gris verde de las piedras lejanas y resplandecientes.

Entonces, recorre el campo con la mirada larga de ansiedad.

Sus ojos, inyectados de sangre, se ensanchan en esfuerzos implorantes, sobre el mar de fuego que es a la sazón el llano. Y ni un animal, ni un pájaro siquiera puebla el inclemente desierto de verdura, ni la plancha calcinada del cielo.

Dermidio ha conseguido sentarse, y se echa el saco sobre la cabeza, pues el sol le derrite los sesos.

Tiembla, no obstante, y sus dientes permanecen apretados unos contra otros, en un endurecimiento doloroso de las mandíbulas. A cada movimiento que intenta hacer, el sufrimiento físico lo vence de un tirón.

Al cabo de un rato, está como entontecido. Abrasado por el fuego que baja del cielo y que ya devuelve la tierra. La boca seca, la lengua hecha una guasca. Muerto de sed. Parece le va a estallar la cabeza, amasada por unos dolores que comienzan en la nuca y lo sacuden con chuchos escalofriantes.

—Hay pa enloquecerse... — Piensa aún.

Luego, cae de costado, atinando todavía a taparse la cara con el saco.

Queda así, inmóvil, vencido, inconciente, por largo espacio de tiempo.

La fiebre, lo sacude por momentos convirtiendo el sufrimiento hacia la nuca y el cuello, que parecen atenaceados por presiones ingentes...

Es un roce fresco, como húmedo, sobre una de sus manos, que lo despierta.

Y ve con repugnancia, cerca de su cara, una araña enorme, peluda, de un color parduzco sucio, que ante su movimiento brusco se yergue ante él, en actitud defensiva, las patas delanteras en alto, las tenazas con visos carmesíes abiertas, prontas a morder.

—V'a saltar... — piensa Dermidio. Y lentamente, sin perder de vista al insecto, recoge el rebenque, yacente a su lado, y aplasta de un mangazo la vida misteriosa. La araña se estremece en temblores intermitentes unos instantes, luego se hace un montoncito oscuro sobre el pasto.

Aquello lo vuelve a la realidad.

—Debe ser cerca de medio día... ¿Habré dormido?... — Piensa alto, miran-

do el cielo, desde donde el sol, en el cenit, derrame fuego sobre la tierra sedienta.

De nuevo las piernas lo crucifican en su inmovilidad al intentar moverse, y la cabeza le late de un modo que parece se agrandara y se achicara.

Piensa de pronto que va a morir. Piensa que nadie vendrá. Que no darán con él en aquel rincón del campo distante casi dos leguas del puesto. Si hubiera ido alguno de la estancia... El viejo, los muchachos...

Habrá extrañado Lena su ausencia... Habrá salido el peoncito a buscarlo... pero ese es tan bobo y tan miedoso para animarse a ir lejos...

El almuerzo estará pronto y la mesa puesta, con su mantel blanco y limpio, y la jarra de barro llena con agua del pozo. El comedor con el piso de tierra recién regado, oliendo a húmeda frescura. ¡Es linda aquella pieza! Sombria y fresca!... Las paredes de barro, blanqueadas. La alacena, exhibiendo por el tejido de alambre la vajilla enlozada. La percha, con su poncho de verano colgado. Todo lo imagina, y le parece más cordial, más íntimo, más suyo. El almuerzo, regalo que para año nuevo les hizo el pulpero, ese sí, no le gusta. Representa una pareja, en un bote chiquito, que ni se inclina para el lado donde ellos están. El hombre besa la mano de su compañera, y ella mira hacia arriba. Visten trajes puebleros, que no dicen con el monte y con el arroyo. Además, parecen bobos y aparatosos. Se engaña, recordando detalles pequeños, insignificantes.

Nuevamente piensa que sus ranchos están a dos leguas, y la pulpería de Iturralde, los más cercanos, otro tanto.

Su mujercita no va a salir a buscarlo, aunque es guapa y de a caballo. Pero los gurises... ¿cómo los deja solos?...

—El machito... — murmura. — Mañana cumple dos años... La gurisa va pa cuatro...

Se le humedecen los ojos de ternura y de lástima, al pensar:

—Si quedo impedido...

¿No se animará su china a salir?... Pero, qué haría ella sola?... Solamente que prendiera el carrito, que fuera a buscar gente... Pero... y si no sabe nada?... Cómo va a imaginar?...

—Si no fuera esta calor!...

Se abrasa, se ahoga. Muere de sed.

—Capaz que muera, mismo.

Y otra vez piensa en los hijitos, en la mujer...

—Lena!... — pronuncia con la voz quebrada en un sollozo. ¡Tán buena!... Tán trabajadora!... Cómo tiene los ranchos! como espejos! Manos para cocinar!! para hacerle ropita a los hijitos!

No se explica como le alcanza el tiempo todavía para lavar, amasar, cuidar de la quinta y el jardín... ¡cómo tiene ese jardincito!... Es una hermosura! Malvones, jazmines, rosas, margaritas, claveles... malvones hay de todos los colores: rojos, rosados, blancos, morados... A veces él la pelea por tomarse tanto trabajo con las plantas... pero son tan lindas! alegran tanto!... Ahora ve el jardincito bajo una luz de amor y de ternura que lo hacen brillante y perfumado... lo ve perfumado, ennobleciendo sus días felices de paz y de trabajo.

—Lástima los perros, que un dos por tres rompen todo, con sus corridas y sus brinco... y los gatos... y las gallinas...

Se le va la cabeza. Como en una niebla le huyen las ideas. Y los ojos le duelen de la luz despiadada, que tiembla a ras del campo, con vibraciones mareantes.

—¿Quévi'hacer?... qué horas serán?... — Piensa todavía.

La transpiración, copiosa, lo baña, lo enloquece.

Un yuyal seco, allí cerca, crepita, quemado por el sol.

—Capaz que muera, mismo.

Sin darse cuenta, ha palpado el revólver, en el cinto.

—¡Oh!...

Una esperanza lo sacude... pero al momento lo abate, la conciencia de su soledad, de la distancia.

—No oirán... qué van a oír!...

Sin embargo... Pero tiene sólo una bala. Nada más que una bala.

—Una sola bala... una sola bala... — repite tontamente.

Más que casualidad que oigan un solo tiro. Tendrían que andar cerca en ese momento.

Ahora, el estómago... el estómago le duele como si también se lo prensaran. Y lo retuercen unas náuseas que lo arrojan deshecho, de cara contra el suelo.

Rompe a llorar. Lloro, llora dulcemente, como una mujer, como un viejo, como una criatura.

—¡Como una criatura!... — piensa con vergüenza y lástima. Con una inmensa lástima de sí mismo.

Cada vez lo inmovilizan más aquellas pobres piernas rotas. Imposible moverlas... ¡Y la cabeza!...

—Me viá enloquecer! — dice en voz alta, casi gritando, rabioso de pronto, irguiéndose, arrojando al suelo el saco y el sombrero y empuñando el revólver...

—¡Loco!... Toy loco!...

Y agita el brazo derecho con el arma y lo lleva a su cabeza ardorosa, y vuelve a agitarlo con desesperación...

Entonces, oye distintamente tres disparos.

Queda como petrificado... Escucha anhelante, desfalleciente, incrédulo... Luego se estira, medio arrastrándose, venciendo el dolor con la esperanza, hacia el bajo, de donde parece llegó el ruido.

Suenan, a intervalos, otras tres detonaciones, más cercanas.

Grita, enloquecido de jubilosa angustia:

—¡Son los Iturralses!... me buscan!...

Y en un último esfuerzo, dispara su revólver, y se echa, desvanecido de emoción, sobre la tierra en llamas.

J u a n M a r i o M a g a l l a n e s

LE CORBUSIER Y EL PALACIO DE LA S. D. N.

Mientras Le Corbusier da a conocer sus concepciones sobre "La Ville Radieuse" y construye el Centrosoyus, magna sede de la administración de las Cooperativas soviéticas de Moscú, en Ginebra se desconoce la capacidad creadora de ese artista integral cuyos postulados se han esparcido a través de todas las latitudes para salvación del espíritu nuevo.

El entredicho existente entre Le Corbusier y las autoridades de la Sociedad de las Naciones ha vuelto a adquirir nueva y palpitante actualidad.

La actitud asumida por aquella entidad internacional frente al más auténtico de las estetas del siglo XX, ha suscitado diversas polémicas en las que los novadores conscientes, aquellos que saben marchar a la cabeza de las ideas de nuestra época, han reducido a completo silencio a numerosos detractores que viven defendiendo el servilismo del arte oficial y el oropel de todas las retóricas anquilosadas.

Albert Kesley, arquitecto estadounidense egresado de la escuela de Pensylvania, jurado del gran concurso internacional del monumento-faro a Colón, declaró una mañana en la terraza del Porque Hotel ante varios reporters montevideanos.

"Las ideas estéticas y técnicas de Le Corbusier seducen a los espíritus orientados hacia el dinamismo, cautivan a los sondeadores de soluciones estéticas nuevas, pues ese realizador de magnificas construcciones no solo es un gran arquitecto sino un gran urbanista".

"Creo — agregó Mr. Kesley — que en el complicado asunto del Palacio de las Naciones, la Liga tiene que oír las protestas de Le Corbusier con la mayor atención y proceder — si es posible — a una nueva investigación de las decisiones de los jurados que fallaron en el concurso del edificio".

Mr. Kesley conoce la autodefensa de Le Corbusier publicada en "Une maison Un Palais", reproducida luego en un folleto ilustrado y documentado con elocuencia aplastadora. También está enterado del contenido de las comunicaciones que Le Corbusier dirigió al Secretario General de la S. D. N. Sir Eric

Drummond y a Briand, que era simultáneamente Ministro de Relaciones Exteriores de Francia y Presidente del Consejo de la S. D. N.

El plagio de que ha sido víctima Le Corbusier es tan grueso que ha sido reconocido inmediatamente por los técnicos y salta a la vista de los profanos.

Todo el mundo recuerda que:

En el mes de Marzo de 1926, la Asamblea extraordinaria de la Sociedad de las Naciones decidió llamar a concurso para la aprobación de un proyecto de construcción sobre las orillas del lago de Ginebra destinado al palacio de la Sociedad de las Naciones.

Un jurado técnico compuesto por nueve miembros, asistido por nueve suplentes, elegidos todos ellos entre los más grandes arquitectos de Europa, fué encargado de elaborar el programa del concurso; de examinar los proyectos y elegir aquellos que respondieran mejor a las exigencias del programa y que pudieran ser considerados como los más satisfactorios desde el punto de vista práctico y artístico; de otorgar los premios y menciones; de decidir si el concurso habría dado resultados que permitieran recomendar la ejecución de un proyecto; de hacer un informe que sería publicado y comunicado por el Secretario General a todos los Estados miembros de la S. D. N.; de asegurar el anonimato del concurso.

El 17 de Abril de 1926, el programa y el reglamento del concurso fueron publicados.

En el referido concurso, en el cual participaron 377 arquitectos, Le Corbusier envió un proyecto muy completo que retuvo la atención del jurado durante varias semanas.

En Mayo de 1927, el jurado tomó una decisión por unanimidad: declaró que "el concurso no había dado los resultados que permitieran recomendar la ejecución de uno de los proyectos", pero, atribuía la suma de 165.000 francos suizos previstos para recompensar los proyectos que parecieran más valiosos, dentro de cierto número de arquitectos, entre los que se encontraba Le Corbusier con

ocho colegas como primeros premios ex aequo.

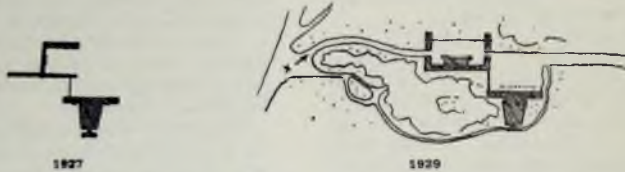
Por consiguiente, la S. D. N. consideraba que el concurso no había dado resultados prácticos que permitieran la ejecución de un palacio. No correspondía, por consiguiente, hacer otra cosa más para pagar los premios.

Muchos ignoran que:

El 26 de Setiembre de 1927, la Asamblea de la S. D. N., decidió arbitrariamente encargar a un Comité especial compuesto de cinco miembros, el estudio del asunto de la construcción del pala-

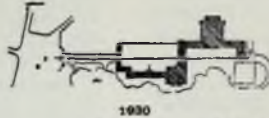
Hacia fines de 1927, Le Corbusier se enteró con sorpresa de que el **Comité de los Cinco**, "encargado por la Asamblea de elegir un proyecto para el nuevo edificio de la Sociedad de las Naciones", había fijado su elección en uno de los proyectos premiados por el jurado técnico, proyecto que como todos los demás, había sido indicado como no conveniente para la construcción del palacio. Se estableció que el referido proyecto sería modificado para que pudiera adaptarse a la colina Ariana, que domina el lago de Ginebra. Lo absurdo, es que en esta oportunidad se puntualizó que el nuevo proyecto, es decir, el reformado, sería construído to-

CONSTRUCTION DU PALAIS DE LA SOCIÉTÉ DES NATIONS



Les plans Le Corbusier et P. Jeanneret

LE PLAGIAT :



Le plan d'exécution de MM. Nénot, Broggi, Lefevre, Vago.



1927

Les plans primitifs

cio, otorgando a dicho Comité un mandato insólito.

A partir de ese momento, el deseo de "maniobrar" torcidamente para beneficiar a cuatro concursantes sin escrúpulos se evidenció con toda nitidez.

Las bases del concurso que habían sido publicadas oportunamente fueron violadas y produjeron la justa indignación de los demás concursantes, arbitrariamente eliminados, los que encontraron apoyo entre profesionales, críticos y espectadores imparciales que se interesan por las realizaciones de la arquitectura más avanzada.

mando por base el proyecto N.º 387, en el que colaborarían los autores de los proyectos N.os 117, 143 y 431.

"Esta decisión — escribe Le Corbusier en una carta dirigida a M. Briand — era una violación evidente de las condiciones en las cuales había sido emprendido el concurso para la construcción del Palacio de la Sociedad de las Naciones. De los nueve proyectos, en efecto, esta decisión excluía arbitrariamente cinco de entre ellos."

Poco después, Le Corbusier se dirigió por nota al Consejo de Ginebra solicitando el rechazo de la decisión del Co-

mité de los Cinco, al mismo tiempo que pedía que se adoptara toda solución que, respetuosa de los principios que están en la base de la organización del concurso y que han inspirado el mandato otorgado al Comité de los Cinco, salvaguardara los derechos e intereses legítimos de Le Corbusier y de su socio P. Jeanneret.

"A esta demanda, el Subsecretario General de la S. D. N. se limitó a responder, con fecha 25 de Junio de 1928, enviando una carta lacónica informando a mi abogado: que no pertenecía a los particulares el dirigirse al Consejo de la S. D. N. y que aun le era imposible al Secretario General entregar a dicho órgano las comunicaciones de fuente no oficial." (1).

Es preciso recordar que:

Habiendo determinado la S. D. N. que el edificio a construirse debía levantarse no junto al lago, sino en la colina Ariana, resultaba que ninguno de los nueve proyectos premiados podía adaptarse al nuevo terreno. Se imponía, por consi-

(1) Carta dirigida por Le Corbusier a Briand, solicitando — como ciudadano francés — que el Ministro de Relaciones Exteriores de Francia la elevara al Consejo de la S. D. N.

guente, una revisión de los primitivos planos presentados.

Le Corbusier modificó en forma conveniente su proyecto premiado, a fin de adaptarlo al nuevo terreno elegido. Luego fué invitado por las autoridades de Ginebra a explicar sus reformas arquitectónicas y su concepción del Palacio de la S. D. N.

La opinión expuesta por Le Corbusier sirvió para que cuatro de los arquitectos premiados aprovecharan las enseñanzas, la inventiva y la lógica de aquél e hicieran en colaboración un descarado plagio del proyecto de Le Corbusier y Jeanneret.

El plagio, cuyo costo será mucho mayor que el del modelo, fué aprobado a tambor batiente y se encuentra en construcción, a pesar de las justas protestas de los perjudicados y de la prensa más autorizada de Europa.

El palacio de la Sociedad de las Naciones es, pues, un inequívoco plagio del proyecto de Le Corbusier.

En cuanto a los plagiarios, los arquitectos Broggi (italiano), Lefèvre (francés), Vago (italiano) y Nénot (francés) la justicia se encargará de exhibirlos en el pilori de la historia para saneamiento de la ética profesional.

G. D.

DOS NUEVOS Y VALIOSOS LIBROS DE NUESTRA EDITORIAL

•PUÑADO DE AGUA. POR MARÍA ELENA MUÑOZ Y •LA MARISCALA,
EVOCAIONES CAMPESINAS. POR JUAN MARIO MAGALLANES

Acaban de aparecer dos nuevos y valiosos volúmenes en nuestra "Editorial La Cruz del Sur" cuyos prestigios dentro y fuera del país son bien notorios. El primero de ellos, "Puñado de Agua", de María Elena Muñoz, consta de una serie de finos poemas, en que se trasparenta un temperamento lírico de gran vuelo y de profundas y sugestivas resonancias interiores. María Elena Muñoz ocupa un sitio muy destacado en nuestra poesía y su voz en nada se parece a otras que en ella se escuchan, poseyendo un caudal propio que corre lentamente por un ancho cauce solemne. No hay en sus cantos ninguna de esas frivolidades que algunos consideran características de la feminidad por pura incapacidad de llegar a su fondo. María Elena gusta hundirse serenamente en el perturbador misterio de las cosas buscando la esencia escondida, como la abeja en la flor. Su voz es siempre grave, dueña de acentos armoniosos; su gesto amplio y severo aunque siempre rítmico y musical. El suyo es una especie de panteísmo místico que tiene palabras de gozo lúcido y cándido extasis, "Sésamo ábrete" para muchas grutas prohibidas, para muchos huertos cerrados, en los que no es posible penetrar sin poseer la varita mágica de las historias árabes. Con este libro María Elena Muñoz pone nuevos cimientos a la notoriedad de su nombre tan apreciado en los círculos intelectuales del Plata. Castellanos Balparda ilustra el libro con tres magníficas maderas

simbólicas que lo interpretan y lo completan.

Juan Mario Magallanes, después de los éxitos un poco lejanos de sus primeros libros de versos "Mi báculo" y "La Ruta" se ha decidido a publicar un nuevo libro de narraciones camperas, — en las cuales se mueve con toda soltura — titulándolo "La Mariscala. Evocaciones campesinas". Trátase de una serie de escenas de nuestra campaña, desarrolladas en forma neta y original y talladas en un estilo sobrio y agudo lleno de felices sugerencias. Aunque cada narración puede ser independiente, entre todas constituyen un conjunto armonioso que nos dá, como en una novela, el medio físico y social en el que se desarrollan los episodios. En el florecimiento de nuestra literatura campera o nativista, llámesele como quiera porque no tiene importancia, el nuevo libro de Magallanes conquistará bien pronto uno de los primeros puestos, desde que pocos se han compenetrado como este escritor de la vida de los hombres de nuestra campaña y pocos también serán capaces de contarla con tanta maestría y galanura. Para algunos, este libro constituirá una sorpresa desde que Magallanes es conocido en nuestro ambiente casi exclusivamente como poeta, y él comprobará que el autor maneja con igual soltura el verso como la prosa. Adolfo Pastor, ha dibujado una expresiva carátula tan recomendable por sus valores artísticos como por su exactitud del ambiente en ella reflejado.

LIBROS RECIBIDOS

"IMAGEN", poemas por Fernando Díez de Medina. — Este conocido escritor y poeta boliviano, buen amigo nuestro y colaborador de nuestra revista, nos acaba de enviar un nuevo libro de versos al que someramente titula "Imagen". Abandonando viejos ritmos gastados que en otrora lo encantaron, Díez de Medina se lanza ya, valientemente, por la vía del verso nuevo, millonario de posibilidades. Temperamento suave, hecho de suspiros y semitonos, su libro es encanto perenne a la vida mágica y un éxtasis sin pausa ante los espectáculos de la naturaleza y de la vida. Trata de apretar sustancia en palabras henchidas y da a sus estrofas, esculpidas en versos cortos, airo-sidad de finas columnas dóricas y vibraciones de cuerda herida. De elogiar es ese afán de reducir el verso a la imagen pura, ya que fuera de la imagen suele no quedar más que literatura. Díez de Medina tiene ya una personalidad que emerge en su país con rasgos bien propios y bien originales. La juventud puede hacerle perdonar alguna inexperiencia, pero siempre son preferibles los pecados de la sinceridad a la frialdad inocua de la sapiencia.

"EL HOMBRE QUE ESTA SOLO Y ESPERA", por Raúl Scalacrini Ortiz. — Canto en prosa a Buenos Aires, inmensa urbe inquieta e improvisada que comienza a florecer en rascacielos como una New-York cualquiera. Pero a Scalacrini Ortiz, psicólogo enamorado de su ciudad, lo que le interesa no son los rascacielos, sino la vida ciudadana y su plasma generativo: el hombre. ¿Hay en realidad un tipo porteño, como hay uno parisiense, genovés, madrileño o londinense, de rasgos inconfundibles, virtudes, vicios, tendencias y lenguajes bien suyos? He ahí lo que Scalacrini Ortiz se esfuerza en probar, condensándolo en un germen que llama: "el hombre de Esmeralda y Corrientes", ombligo del mundo. Libro curioso y dinámico, lleno de observaciones e ironías y alguna que otra exageración, muy natural por otra parte. La prosa de Scalacrini Ortiz es densa, jugosa y chispeante, muy apropiado para un libro así definidor, aunque no nos animamos a decir que definitivo.

ALFREDO FERRARA DE PAULOS. Manuel Pérez y Curis, su obra y su vida. — Alguien ha dicho, y es verdad, que en ninguna parte los muertos están tan muertos como entre nosotros. El que ha tenido la desgracia de cerrar los ojos para siempre ya puede estar seguro de que nadie jamás lo volverá a recordar. Ferrara de Paulós, con ímpetu generoso, rompe la ley y trata de recordarnos que hasta hace muy pocos años existió entre nosotros un poeta y escritor que se llamó Pérez y Curis, que llegó a gozar de cierta notoriedad. Ferrara no se contenta con contarnos su vida breve y atormentada, en lucha perpetua contra la indiferencia del medio, contra las angustias económicas y contra una larga enfermedad que lo llevó a la tumba relativamente joven.

Nos habla también de sus libros en verso y en prosa, y aunque a nuestro parecer no existen en esa obra los valores que encuentra el biógrafo, nos parece muy bien que éste los recuerde y los exalte con tan magnánimo desinterés. Pérez y Curis fundó y dirigió durante varios años una excelente revista literaria titulada "Apolo", que a nuestro parecer, fué su mejor obra y que como sucede a menudo en esas empresas, dió a su Director muchos más sinsabores que satisfacciones.

"RUMOR", versos por Atahualpa Del Clippo. — Pequeño breviarío de versos cuya lectura acusa la presencia de un nuevo poeta en hondura y en superficie, en fundamento y en esmalte, en arquitectura y en fragancia. Libro esencialmente musical, hay aquí sinfonías sonoras que despiertan graves ecos, cálidos andantes y turbadores scherzos. Pero siempre los ritmos sólidos, aunquellenos de gracia, y las miradas agudas hacia el templo interior. Creo que éste es su primer libro. Si en realidad lo es, se trata de un libro adulto, ya formado, sin indecisiones ni caídas, que anuncia claros campos de abundantes cosechas futuras.

"EL SENTIDO DE LA VIDA". Novela por Francisco R. Villamil. — Empresa digna de loor en nuestro ambiente opaco para todo esfuerzo intelectual. Pero de todos los géneros literarios el de la novela es el más peligroso, y más aún si a través de ella se busca la solución de un problema fundamental. A pesar de que se reparten las páginas, la prosa y los versos — algunos bien logrados — la acción se desenvuelve con demasiada lentitud como en un medio fluido que alarga las horas. No es el caso de Proust ni el de James Joyce, minutos llenos de hervor incontinente, vida vista con microscopio y que aparece más viviente que nunca. No. El autor no logra, por lo general, mantener el interés del lector a lo largo de todo el volumen, y la trama, ya de sí demasiado escueta, desmaya a menudo como un río que no arrastra casi agua. ¿Primera obra ésta también? No lo sé, pero lo parece. En todo caso no desanimarse e insistir, siempre que el autor se sienta seguro de que tiene algo que decirnos y tiene fe en sí mismo.

"NATIVA", "ISMAEL", "SOLEDAD". Novelas de Eduardo Acevedo Díaz. — Claudio García ha incluido la publicación de las obras completas de Eduardo Acevedo Díaz, el primero de nuestros novelistas, tan injustamente olvidado. Lleva ya lanzadas al público las novelas que nombramos, encabezando a "Soledad" un largo estudio sobre la personalidad del gran escritor, de nuestro director Alberto Lasplacas. Creemos nuestro deber recomendar la lectura de esa verdadera epopeya de nuestra raza gaucha presentada editorialmente en forma impecable y hacer justicia, por medio de estas palabras al ímprobo esfuerzo que representa esa edición que desde hace treinta años no se había animado a realizar nadie.

"SU MAJESTAD EL HAMBRE". Cuentos brutales, por Ernesto Herrera. Claudio García, editor.
— A Ernesto Herrera se le recuerda casi exclusivamente por su drama "El león ciego", una de las obras mejor logradas de nuestra literatura teatral. Pero, Herrerrita, no sólo escribió para el teatro, y dejó en verso y en prosa, sobre todo en prosa, algunas páginas dignas de no morir. La publicación de este libro responde a ese plausible propósito, reeditándose un volumen agotado hace mucho tiempo al que se le han añadido otras composiciones suyas que no desentonan en el conjunto. Son pequeñas narraciones amargas o desespera-

das a través de las cuales mira Herrera al mundo como a una cosa deforme, mal hecha, que exagera constantemente su sensibilidad y arma su invencible rebeldía. Libro crudo y amargo que nos traduce una vida de sufrimiento que alimentó una inextinguible llama de rencor que sólo se apagó con sus ojos. Encabezan el volumen un largo y bastante completo juicio crítico de Carmelo Bonnet, un artículo de Orosmán Moratorio y un prefacio a la primera edición de Rafael Barret, otros dos altos espíritus muertos también jóvenes.

A. L.



EN HONOR DE LAS LETRAS ESPAÑOLAS E HISPANOAMERICANAS

El grupo literario belga, "La Linterna Sorda", fundado en 1921, en la Universidad de Bruselas, por el poeta Paul Vanderborght, después de diez años de vida, decidió, voluntariamente, poner término a su actividad internacional, cuyas manifestaciones se extendieron hasta Egipto y hasta Grecia. Hace poco, con motivo de su décimo y último aniversario, el grupo organizó, en Bruselas, un gran banquete, que tuvo el más completo éxito, para agasajar a una "élite" de escritores españoles e hispanoamericanos. Fueron huéspedes de honor: el poeta catalán Salvador Albert, Embajador de España en Bruselas, el doctor Francisco Castillo Nájera, hombre de letras y Ministro de México en La Haya, el poeta andaluz Rafael Alberti, el dramaturgo español Claudio de la Torre, el novelista e historiador boliviano Alcides Arguedas, el poeta uruguayo Carlos Rodríguez Pintos, el poeta mexicano Jaime Torres Bodet, el escritor y periodista colombiano Eduardo Santos, el poeta cubano Mariano Brull, el poeta boliviano José Eduardo Guerra, y los escritores mexicanos J. Rodolfo Lozada y Francisco Orozco Muñíos, a cuyos nombres conviene añadir los de la Srta. Matilde Pomés, francesa de los poetas de habla española, y F. C. A. Van Dam, Profesor de literatura y lengua castellana en la Universidad neerlandesa de Utrecht, Alberto d'Oliveira, Ministro de Portugal en Bélgica, escritor de justa fama y Federico Monopu, distinguido compositor catalán. Se excusaron, por imposibilidad de asistir, pero enviaron su adhesión moral, otros invitados de nota: el Profesor Américo Castro, Embajador de España en Berlín, y de sobra conocido en el mundo de las letras, el poeta catalán Ventura Gassol, Eugenio d'Ors, Manuel Ugarte, Enrique Larreta, Francisco García Calderón, Ministro del Perú en París, Ventura García Calderón, señorita Teresa de la Parra, Eduardo Avilés Ramírez, cuyas personalidades es ocioso enaltecer, así como las de los hispanistas franceses: Jean Cassou, Francis de Miomandre, Georges Pillement, Adolphe de Falgairelle, los dos directores de la "Revista de la América Latina": Ernest Martinenche y Charles Lesca; y por último, para terminar con la ilustre lista de los simpatizadores

que no pudieron concurrir: Maurice Martin du Gard, director de "Nouvelles Littéraires", de París, y Gabriel Boissy, redactor en jefe de "Comœdia", de la misma capital.

Más de ciento sesenta convidados, entre los que se contaban las más afiladas personalidades literarias de Bélgica, participaron en esta brillante y muy cordial manifestación cuya presidencia de honor correspondió al señor Petitjean, Ministro de Ciencias y Artes. Los huéspedes de "La Linterna Sorda" fueron presentados por el poeta Paul Vanderborght, quien manifestó sus intenciones de desarrollar las relaciones literarias, entre Bélgica y España y los países hispanoamericanos. En seguida el Ministro de Ciencias y Artes, Sr. Petitjean, felicitó a "La Linterna Sorda" por sus diez años de actividad constante y fecunda, para terminar, entregó la Medalla del Centenario de la Independencia Belga al doctor F. Castillo Nájera, medalla que el Gobierno le ha concedido, como recompensa de la admirable antología: "Un Siglo de Poesía Belga", de la que es autor y que ha sido recientemente publicada. Después se escucharon los discursos del Embajador Albert, del doctor Castillo Nájera, del señor Smets, Rector de la Universidad de Bruselas — quien anunció la próxima fundación de un Instituto Hispánico y del Profesor L. P. Thomas, distinguido hispanista belga de la Universidad de Bruselas, miembro del Comité organizador y Presidente de la Asociación "Cervantes".

Es pertinente recordar que fué el grupo de "La Linterna Sorda" el que recibió, fraternalmente en Bruselas, al ilustre Rector de la Universidad de Salamanca, don Miguel de Unamuno y al poeta catalán Ventura Gassol, en la época en la que ambos estaban desterrados por la Dictadura.

También, bajo los auspicios de este grupo, dirigido por los poetas Pierre Bourgeois y Paul Vanderborght, y a la iniciativa de este último, fué creado el extendido Comité Internacional que patrocinó la erección de monumento, inaugurado el 5 de abril de 1931, en la plaza griega de Esquiro, y dedicado al joven poeta inglés Rupert Brooke y a la Poesía Inmortal.

P R O F E S I O N A L E S

<p>HECTOR GERONA Escribano Cerrito, 464 Montevideo</p>	<p>GUSTAVO B. AMORIN Ingeniero Cerrito 685 Montevideo</p>
<p>MARIO ESTEBAN CERREPI Abogado Piedras 542, 1.er piso. Montevideo</p>	<p>ANTONIO M. GROMPONE Abogado 25 de Mayo, 389 Montevideo</p>
<p>JUAN DAQUO Escribano Zabala, 1425 Montevideo</p>	<p>ALFREDO CARBONELL DEBALI Abogado 18 de Julio, 914 Montevideo</p>
<p>PABLO FONTAINA Contador Misiones, 1430 Montevideo</p>	<p>ETCHEVARNE, CIURICH Y BOMIO Arquitectos - Contratistas Teléfono: 1647, Cerdón Mercedes, 1709 Montevideo</p>
<p>Alberto Demichelli y Sofia Alvarez Vignoli de Demichelli Abogados Estudio Sarandí 363 Montevideo</p>	<p>AGUSTIN MUSSO Abogado Misiones, 1486 Montevideo</p>
<p>OMAR PAGANINI BOCAMORA Agrimensor Teléf. La Uruguaya, 698 Aguada Lima, 1960 Montevideo</p>	<p>JORGE M. CHAPUIS Agrimensor Sarandí, 669 Montevideo</p>
<p>LUIS GIORDANO Abogado Cerrito 444 Montevideo</p>	<p>FELIPE LACUEVA CASTRO Agrimensor Ellaury, 1257 Montevideo</p>
<p>DOMINGO ARENA Abogado Rincón, 688 Montevideo</p>	<p>JOSE LUIS DURAN RUBIO Abogado Misiones, 1379 Montevideo</p>
<p>ASDRUBAL DELGADO Abogado Rincón, 688 Montevideo</p>	<p>ENRIQUE JOSE MOCHO Abogado Sarandí, 444 Montevideo</p>
<p>ALFEO BRUM Abogado Rincón, 688 Montevideo</p>	<p>JUAN QUAGLIOTTI Médico Cirujano Misiones, 1319 Montevideo</p>
<p>LUIS MATTIAUDA Escribano y Contador Misiones 1430 Montevideo</p>	<p>MANUEL BAUZON Asuntos Judiciales Estudio: Misiones, 1486 Domicilio: Av. 8 de Octubre, 3300</p>
<p>JOSE MARIA DELGADO Médico del Hospital Pasteur Consultas: de 14 a 15 y 1/2, menos los jueves 8 de Octubre, 2293 Montevideo</p>	<p>HELIO SIERRA Dentista Municipio eq. 18 de Julio Montevideo</p>
<p>O. SALVAGNO CAMPOS Abogado Estudio: De 3 a 6 25 de Agosto, 405 Montevideo</p>	<p>JUAN ANTONIO ESCABO Arquitecto Cebollati, 2014 Montevideo</p>
<p>RAUL E. BAETHGEN Abogado Estudio: Palacio Braceras Ituzango, 1429 Montevideo</p>	<p>RICARDO E. AMILVIA Escribano Rincón, 438 Escrit. 21 Montevideo</p>
<p>Elisario Boix y Horacio Terra Arocena Arquitectos Misiones 1474 Montevideo</p>	<p>FRANCISCO F. BOCCA Médico Cirujano Comercio, 1979 Montevideo</p>
<p>AMERICO MOLA Médico, especialista en enfermedades de niños Mercedes 1226 -- Teléf. 1447 Cerdón</p>	<p>Dr. FRANCISCO M. PUOCI Cirujano Dentista J. Herrera y Obas 1379 Montevideo</p>

La Cruz del Sur

REVISTA MENSUAL DE ARTES E IDEAS



Número suelto \$ 0.25



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

CALLE CERRITO, 688 — Teléf. Cooperativa, 765

MONTEVIDEO (República O. del Uruguay)



Liccée Français

HABILITADO POR LA UNIVERSIDAD DE MONTEVIDEO

Liceo de varones
SORIANO 974

Liceo de Niñas
CANELONES 971

Locales separados e independientes.

Jardín de infantes y clases infantiles. - Medio pupilaje y externado

EN CADA LICEO: - I Enseñanza Primaria completa con clase de preparación al examen de Ingreso a la Universidad. - II Sección Universitaria: los 4 años de bachillerato con aplicación del régimen universitario de promociones o exoneración de exámenes.

Sección Comercial (Varones)

Preparación completa en dos años de estudios.

Clases de francés para señoras y señoritas

Organización completa en 8 grupos desde la clase de principiante hasta la de preparación al Diploma Superior. (Horario de mañana)

Informes e inscripciones - SORIANO 974 - Teléf. 3292 Central.

Todos los días de 9 h. a 11 h. 30

APERTURA DE LOS CURSOS: MARTES 1.º DE MARZO DE 1932

DISPONIBLE

INDICADOR DE REVISTAS

SUR

Revista trimestral, dirigida por Victoria Ocampo. - Rufino de Elizalde 2847, Buenos Aires.

ALFAR

Director: Julio J. Casal. — Redacción: Presidente Berro 2481, Montevideo.

CONTEMPORANEOS

Director: J. Ortiz de Montellano - Apartado postal 1811, México.

LA PLUMA

Director: Alberto Zum Felde. — Boque Graceras 622, Montevideo.

NOSOTROS

Directores: Alfredo A. Bianchi y Roberto F. Giusti — Lavalle 1430 Buenos Aires.

Crónica de Arte

Director: Emilio Pettoruti - Museo Provincial de Bellas Artes, La Plata República Argentina.

L' ITALIANO

Revista Mensile della rivoluzione fascista - Via Rizzoli 20, Bologna, Italia.

Cultura Venezolana

Director: José A. Tagliaferro - Apartado de Correos 293 - Caracas, Venezuela.

Repertorio Americano

Director: J. García Monja. — Apartado 533 — San José — Costa Rica.

MEGÁFONO

Revista trimestral - Directores: Sigfrido Radaelli, Erwin F. Rubens, Victor Max Wullich - Bynnon 6767 Bs. As.

AMERICA

Revista de cultura hispánica - Directores: César Arroyo, Augusto Arias, Alfredo Martínez - Quito, Ecuador.

NERVIO

Ciencias - Artes - Letras - Revista mensual - Vera 562, Buenos Aires.

L' Amerique Latine

Organo en Paris de las naciones americanas. — 9 y 11 Rue Victor Emmanuel III — Paris — VIII.

PORTUCALE

Directores: Augusto Martins, Claudio Basto, Pedro Vitorino. — Rua dos mártires da liberdade — Lisboa Portugal.

Revista Bimestre Cubana

Director: Fernando Ortiz—Calles L y 27 a. — Habana — Cuba.

BARANDAL

Revista mensual - Guerrero 73, México.

CLARIDAD

Revista de Arte, Crítica y Letras - Director: Antonio Zamora - San José 1641, Buenos Aires.

PRESENCIA

Directores: Branquinho Da Fonseca, Joao Gaspar Simoes, José Regio. — Rua Ferreira Borges — Coimbra — Portugal.

La Antena

Directores: O. Méndez Pereira, J. D. Moscote - Colon, Panamá.

Revista de las Españas

Organo de la Unión Ibero-Americana - Calle de los Madrazo No 2

Editorial

“La Cruz del Sur”

- DON JUAN DERROTADO.** — Comedia en 3 actos. — CARLOS SALVAGNO CAMPOS.
- LA SALAMANDRA.** — Comedia en 3 actos. — CARLOS SALVAGNO CAMPOS. — (Premio Nacional de Teatro, 1926).
- EL ROSAL.** — (Cuentos). — LUIS GIORDANO.
- LEJOS** — (Versos). — MARÍA ELENA MUÑOZ.
- MISAINÉ SUR L'ESTUAIRE.** — (Versos). — GERVASIO GHILLOT MUÑOZ.
- LA GUITARRA DE LOS NEGROS.** — (Versos). — ILDEFONSO PEREDA VALDÉS.
- RAZA CIEGA.** — (Cuentos). — FRANCISCO ESPÍNOLA (hijo).
- LA “CRUZ DEL SUR”** — Crítica poemática — JUAN M. FILARTIGAS
- EL HOMBRE QUE SE COMIÓ UN AUTOBÚS.** — (Versos). — ALFREDO MARIO FERREIRO.
- ODAS VULGARES.** — (Versos). — ENRIQUE BUSTAMANTE Y BALLIVIÁN.
- CINQ POÈMES NÈGRES.** — (Versos). — ILDEFONSO PEREDA VALDÉS.
- EL HOMBRE QUE TUVO UNA IDEA.** — (Cuentos). — ALBERTO LASPLACES.
- INTERPRETACIONES ESQUEMÁTICAS SOBRE HISTORIA DE LA CONQUISTA Y LA COLONIZACIÓN ESPAÑOLA EN AMÉRICA.** — Por EUGENIO PETIT MUÑOZ.
- CONCRECIONES** — En el pensamiento, en la acción y en la literatura. — (Artículos) — CARLOS BIENVENUTO.
- 1 CUENTO DE GIORDANO Y 3 MADERAS DE CASTELLANOS BALPARDA.**
- REFRACCIONES** — MARÍA ELENA MUÑOZ
- LUCIANO Y LOS VIOLINES.** — L. GIORDANO.
- PUÑADO DE AGUA** — (Versos) — MARÍA ELENA MUÑOZ.
- LA MARISCALA** — Evocaciones campesinas — JUAN MARIO MAGALLANES.

PÍDALOS
EN TODAS LAS LIBRERÍAS